



El silencio del asesino
Concha López Narváez



El silencio del asesino

CONCHA LÓPEZ NARVÁEZ

Ilustraciones RAFAEL SALMERÓN

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Concha López Narváez

© Espasa Libros, S. L., sociedad unipersonal

© de las características de esta edición, Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Ilustraciones de interior: Rafael Salmerón Ilustración de cubierta: Riki Blanco

Octava edición. Primera en esta colección: mayo 2010

Fotocomposición: Zero preimpresión, S. L.

ISBN: 978-84-08-09064-9

Depósito legal: M. 9.329-2010

Impreso por Brosmac

Impreso en España - Printed in Spain

A mis hermanos

ERNEST MORRISON



Ernest Morrison dejó vagar su satisfecha mirada por el amplio y cómodo dormitorio y luego la dirigió hacia la ventana. La luz se filtraba por entre las cortinas, una luz clara, de buena mañana. Parecía que, al fin, las molestas e interminables lluvias de días anteriores habían decidido marcharse.

Durante algún tiempo permaneció en la cama. No tenía ningún motivo para madrugar; lo había hecho tiempo atrás, y no precisamente por gusto, y ahora disfrutaba abandonando el lecho sólo cuando le apetecía. Claro que, precisamente, lo que le apetecía era lo que procuraba hacer a lo largo de toda la jornada. Felizmente, podía vivir de sus rentas, y no tenía ningún tipo de obligaciones, ni familia ante la que responder de sus actos. La vieja Ann Mac Nigan, su ama de llaves, se quejaba algunas veces de lo que llamaba falta de organización; pero a él le tenían sin cuidado sus protestas. Lo cierto era que, con relativa frecuencia, Ann le parecía fastidiosa; pero se ocupaba con la mayor eficacia de todo lo relacionado con la casa y hubiera supuesto un auténtico engorro sustituirla.

Se levantó al fin, perezosamente, descorrió las cortinas, y un cielo azul, radiante, se le metió en la habitación. Más allá el jardín resplandecía bajo el sol.

El jardín era su feudo; en él no tenía nada que hacer Ann. No se lo permitía. Esto había sido así desde el primer momento, desde el día en que, diez años atrás, llegó solo a Twin Willows Manor para tomar posesión de su herencia.

—Del jardín voy a encargarme exclusivamente yo —advirtió de manera que no admitía réplica; sin embargo, la vieja Ann lo miró con aire severo—. ¿Tiene usted algo que objetar? —le preguntó irritado.

Ella no respondió directamente a su pregunta.

—No es ésta la época de dar labor a las plantas —dijo señalando la tierra que él había removido bajo los dos sauces gemelos durante el fin de semana. En la voz de la mujer había un tono de duda, como si no estuviera segura de sus méritos como jardinero.

—Estaba nervioso y me sentía solo; trabajar el jardín me calma... —explicó él suavizando el tono de su voz.

—Si usted me hubiera comunicado la fecha exacta de su llegada, yo hubiera estado aquí para recibirle.

—No quería molestarla. Todo el mundo tiene derecho a disfrutar de sus fines de semana, y además... Bueno, necesitaba poner en orden mis pensamientos y mis emociones; sinceramente, prefería estar solo.

—Lo entiendo —dijo al fin la mujer con voz entristecida. Y luego preguntó—: ¿Sufrió mucho?

—¿Quién? —preguntó a su vez Ernest Morrison; y la vieja Ann lo miró con asombro.

—Quién iba a ser... Mary, mi pobre Mary, su esposa. ¿Fue la suya una muerte dolorosa?

—Ah, claro, estaba pensando... Bien, no sufrió mucho —dijo con sequedad Ernest Morrison, y dio por concluida la conversación. En aquellos momentos pensó que en Ann Mac Nigan no tenía precisamente una amiga; pero la necesitaba para no sentirse perdido en aquella casa de la que ella lo sabía todo por haber estado a cargo de su cuidado desde hacía muchos años.

Sin embargo, con el paso del tiempo las cosas se habían suavizado, y ahora Ann y él convivían de manera razonable, aunque ella todavía, de cuando en cuando, hiciera patentes sus desacuerdos y a él sus protestas continuaran molestándole.

De todas maneras, Ann nunca había tenido nada que decir en relación con el jardín. Realmente éste no era grande ni complicado de cuidar. En su mayor parte de terreno pedregoso, bastaba con mantener, en la trasera de la casa y en los laterales, una variedad suficiente de plantas rústicas y resistentes que, prácticamente, sobrevivían por sí mismas. En la zona frontal, que era la más llana y fértil, se extendía una pequeña pradera de suave césped, salpicado de alegres primulas, que iba desde las escalinatas del porche hasta el portalón de entrada. Pero los verdaderos protagonistas del jardín eran los dos sauces gemelos que daban nombre a la propiedad que Ernest Morrison había heredado a la muerte de su esposa: Twin Willows Manor. Los dos viejos y hermosos árboles se alzaban a un lado y otro de la cespедera, custodiándola y dándole sombra. Nadie iba nunca a sentarse bajo ellos, Ernest no lo consentía, ni siquiera él mismo lo

hacía: aquellos dos sauces eran los emblemáticos guardianes del recuerdo de Mary Adams, su fallecida esposa.

Bien, éste era el agradable paisaje que Ernest Morrison divisaba aquella radiante mañana del mes de mayo.

Cuando abrió la ventana de par en par, esperaba oír una alegre algarabía de aves matutinas; sin embargo, se sintió asaltado por un inesperado y molesto ruido metálico que subía desde la calle.

Con un gesto de disgusto alargó la mirada y, algunos metros más allá de la valla de su jardín, descubrió la figura de un obrero que se afanaba en destrozar la acera con una máquina de taladrar. Tras él, justo en el centro de la calzada, se alzaba la pesada y amenazante figura de una excavadora.

—¡Maldita sea! —masculló malhumorado. No entendía qué era lo que pasaba en la ciudad últimamente, parecía como si el Ayuntamiento se creyera en la obligación de levantar, una tras otra, todas las calles.

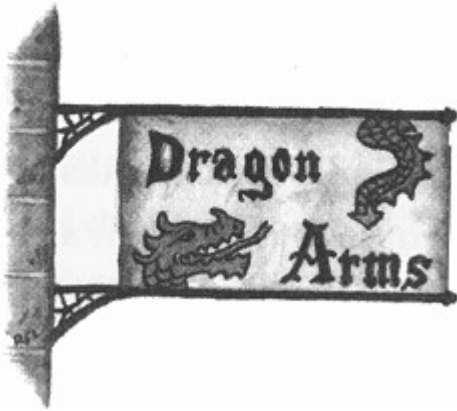
«En fin, tendré que irme a almorzar al Dragon Arms», se dijo con resignación, aunque tal cosa no le trastornaba demasiado; después de todo se pasaba media vida allí.

El Dragon Arms era un lugar agradable y tranquilo que, sin ser un club, en cierto modo cumplía sus funciones. Realmente era un sucedáneo de hogar para un hombre tan solitario como Ernest Morrison, un cómodo y satisfactorio sustituto ya que, para ser sinceros, no echaba en falta las atenciones de ninguna solícita esposa ni, mucho menos, la ruidosa presencia de unos alborotadores hijos. Lo único que había deseado a lo largo de su vida era tranquilidad e independencia, tanto personal como económica, y eso era justamente de lo que ahora disfrutaba.

Ernest Morrison era un hombre satisfecho de su vida. Así se definía a sí mismo y así lo definían también los demás. No se podía decir que tuviera amigos, al menos en el sentido más profundo de la palabra; sin embargo, la práctica totalidad de las personas que le conocían abrigaban hacia él un sentimiento de solidaridad y simpatía, porque era cordial y bien educado y, aunque no hablaba mucho, siempre tenía dispuesta una palabra amable. Y sobre todo eso estaba aquella sosegada vitalidad suya que resultaba tan evidente y contagiosa.

En resumen, Morrison era el convecino ideal, ese alguien de quien, en caso de apuro, no se duda en solicitar consejo o ayuda. Precisamente por eso a los habitantes de la pequeña ciudad de Wiggfield les costó tanto trabajo admitir que, realmente, no fuera otra cosa que un frío y cruel asesino. Pero aquella mañana, cuando abandonó su casa y, alejándose del ruido de la taladradora, se perdió en la agradable colonia de chalés en la que estaba enclavado su domicilio, Ernest Morrison aún seguía siendo un correcto y sonriente caballero, y nada hacía presagiar que a la vuelta de unas horas su vida daría un giro de ciento ochenta grados y que aquella misma noche ya no dormiría en su casa.

EN EL DRAGON ARMS



La mañana transcurrió satisfactoriamente: un apacible paseo hasta el campo de golf y un no menos apacible partido. Ernest Morrison distaba mucho de ser un jugador experto, ni tampoco pretendía serlo. Se trataba únicamente de distraerse haciendo unos cuantos hoyos a la par que realizaba un poco de suave ejercicio; pero, sobre todo, de ocupar una parte de su mucho tiempo libre.

Llenar horas vacías era su ocupación favorita, cosa que en modo alguno suponía para él una forma de frustración; al contrario, no tener nada concreto que hacer constituía uno de sus mayores placeres. Aún no había olvidado aquella época de su vida en la que todas las horas y todos los minutos de su tiempo estaban hipotecados por un trabajo insatisfactorio y mal remunerado.

Aquella mañana, como tantas otras, se despidió de sus compañeros de golf alrededor de las doce y media; pero en vez de dirigirse a su casa tomó el camino del Dragon Arms. Parecía que ésa iba a ser la única innovación de una jornada que él imaginaba gozosamente rutinaria.

No se podía decir que en el Dragon Arms la comida fuera exquisita, pero al menos era lo suficientemente sabrosa como para que nadie se lamentara de haber tirado su dinero. Además, el servicio era el adecuado: la rapidez, unida a unas discretas dosis de amable familiaridad, eran sus notas más características.

Ernest Morrison comió solo, aunque no en absoluto silencio, porque Thomas, uno de los camareros más locuaces, se encargaba de amenizarle la comida comunicándole, de cuando en cuando, alguna divertida noticia local.

Después del café fue a hundirse en un cómodo sillón de cuero y se parapetó detrás del *The Guardian*. Durante más de una hora alternó la lectura del periódico con el sueño, hasta que, aproximadamente a las tres y media, llegaron sus compañeros de partida.

Jugar a las cartas era otra de sus más apreciadas formas de llenar el tiempo. A lo largo de casi diez años había compartido las primeras horas de la tarde con el mismo pequeño grupo de personas: el doctor Williams, que, aunque ya retirado, continuaba siendo el consejero sanitario de muchos de sus antiguos pacientes; el coronel Hughes, auténtica gloria local por ser propietario de una magnífica cuadra que en más de una ocasión había dado grandes ganadores en el Derby; y el señor Mac Pherson, director de la oficina local del Midlands Bank; circunstancialmente, también se les unía Ronald Todd, el comisario de policía.

Pero aquella tarde el comisario no apareció, como tampoco lo hizo el doctor Williams, de manera que el cuarteto que habitualmente formaban, o el quinteto que a veces llegaban a ser, se vio reducido a un terceto. Sin embargo, tal cosa no les alteró la partida, ya que solían adaptar el juego al número de jugadores.

Ernest Morrison y sus dos compañeros se hallaban disputando una mano de póquer cuando la patrulla policial irrumpió en el Dragon Arms. No era extraño que el sargento Taylor y el agente Smith hicieran un alto en su ronda para tomar una taza de té; Wiggfield era una ciudad tranquila y pequeña en la que nunca pasaba nada y en la que todo el mundo se conocía. Por tanto, si alguien los necesitaba, siempre podía saber dónde encontrarlos. Por ello Thomas, el camarero, comenzó a disponer diligentemente las tazas. No necesitaba preguntar para saber que al sargento Taylor le gustaba el té solo, mientras que el agente Smith lo prefería con una nube de leche. Pero aquella tarde el solícito camarero observó que ni uno ni otro se acercaban a la barra, sino que se dirigían directamente al grupo de jugadores de cartas.

«Querrán hacerles algún comentario y luego se tomarán el té», pensó. Pero la actitud de los dos policías le pareció extraña: ni un gesto amistoso, ni una sola sonrisa. «¿Qué pasará?», se preguntaba sorprendido viendo cómo el sargento Taylor y el agente Smith decían algo al señor Morrison y cómo éste, visiblemente turbado, se levantaba y, tras unos momentos de vacilación, los seguía hacia la salida.

«¿Qué sucederá?», eso era lo que también se preguntaban los dos compañeros de juego de Ernest Morrison y la mayoría de las otras personas que se hallaban en el Dragon Arms. Cuando la puerta se cerró a espaldas de los dos policías y el hombre que los acompañaba, todas las miradas se dirigieron hacia la mesa en la que, estupefactos, se hallaban el coronel Hughes y el señor Mac Pherson. Durante unos segundos el silencio fue absoluto, hasta que, desde detrás de la barra, lo rompió la voz asombrada de Thomas:

—¿Qué sucede? ¿Por qué querían los policías que el señor Morrison los acompañara? No será que está detenido... ¿verdad? ¿Es que le acusan de algo? —preguntó con evidente excitación.

El director del banco se limitó a hacer un gesto de ignorancia; pero el coronel Hughes era hablador y siempre le gustaba puntualizar.

—Sucedre lo que todos ustedes han visto, que la Policía ha solicitado que Morrison los acompañe. Pero no sabemos, porque no lo han expresado, los motivos que han tenido para ello, ni tampoco si se le acusa de algo o si está o no detenido.

—Pero, exactamente, ¿qué han dicho los policías? Y el señor Morrison, ¿qué ha dicho? —insistió el camarero.

—Los policías, o mejor dicho, el sargento Taylor, porque Smith apenas si ha hablado, se ha dirigido a Morrison y «exactamente» ha dicho: «Acompáñenos, señor Morrison» —explicó el coronel, para en seguida añadir, con cierto tono de incredulidad —: Así, de manera escueta, nada de «Por favor», «¿Le importaría acompañarnos?», o «¿Sería tan amable de...?», «¡Acompáñenos!», simplemente, y en un tono muy seco, incluso me atrevería a decir que en la voz de Taylor había... —El coronel se interrumpió para buscar la palabra adecuada—. ¿Rencor?, ¿desprecio? —dudó—. No sabría decirlo, ¿o quizá fueran ambas cosas a la vez? —preguntó dirigiéndose al señor Mac Pherson.

—En verdad, el tono de la voz del sargento no era amable, ni siquiera se le podría llamar frío, más bien parecía que tuviera que hacer algún tipo de esfuerzo para no mostrarse violento —contestó Mac Pherson lentamente, como si le costara trabajo creer lo que estaba diciendo.

—¡Sí, eso es! —dijo con vehemencia el coronel—. Precisamente violencia contenida era lo que se adivinaba en la voz del sargento.

—¿Y el señor Morrison qué dijo? —volvió a preguntar el camarero.

—Nada, no dijo nada... y es extraño, ¿no le parece, Mac Pherson? Se limitó a levantarse y a seguirlos; pero ciertamente estaba muy alterado, sus manos temblaban...

—Cualquiera se sobresaltaría si un policía le pidiera que le acompañara —apuntó una de las personas que, poco a poco, se habían ido aproximando a la mesa en la que se hallaban el coronel Hughes y el señor Mac Pherson.

—No en Wiggfield y si el policía es el bueno de Taylor —repuso el coronel—. No si uno no tiene nada de que arrepentirse. Su primer sentimiento tenía que haber sido de sorpresa y no de sobresalto, y el segundo, al menos, de curiosidad: «¿Para qué se me requiere?», podría haber preguntado; pero Morrison no preguntó, se limitó a obedecer, y, repito, estaba muy inquieto.

—¿Y no será que él ya sabía los motivos que los agentes tenían para indicarle que los acompañase? —preguntó el camarero sin ocultar la creciente emoción que experimentaba ante tan extraño suceso.

—Quizá el señor Morrison haya sido testigo de algún delito, o la Policía desea que reconozca a alguien —dijo el director del banco.

—¡Oh, no! —se apresuró a decir el coronel—. Recuerde usted el tono de la voz de Taylor; si ése hubiese sido el motivo, el sargento le hubiera rogado, con la mayor amabilidad, que los acompañara... El tono de voz del policía, eso es lo verdaderamente extraño, eso y la propia actitud de Morrison.

El director del banco movió la cabeza con un nuevo gesto de desconcierto.

—Tiene que haber algún tipo de error —afirmó—. Morrison es un hombre de vida clara y metódica, un ciudadano respetable que no tiene negocios arriesgados... No es bebedor ni violento; si ni siquiera conduce... Sus únicas aficiones son el golf, la jardinería y estas inocentes partidas de cartas. ¿Por qué tendría que temer algo?... Es nuestro vecino, podemos responder de su conducta, todos le conocemos bien —acabó diciendo con absoluta perplejidad.

—¿Le conocemos bien? ¿Está usted seguro? —preguntó sorprendentemente el coronel Hughes—. ¿Qué sabemos de sus más hondos sentimientos o de su auténtica manera de pensar? ¿Qué sabemos realmente de él, a excepción de que vive en Twin Willows Manor o de que estuvo casado con Mary Adams, nuestra vecina y amiga? ¿Quién era él antes de que ella lo conociera? ¿Cómo la trató durante los años que vivieron en Brasil? ¿La amó hasta el día de su muerte? ¿La respetó siquiera?... ¿Cómo podríamos saberlo si no estuvimos presentes?... Oh, no, mi querido amigo, no sabemos casi nada de Ernest Morrison, a pesar de haberlo visto casi todos los días a lo largo de casi diez años, porque en todo ese tiempo lo hemos conocido muy superficialmente; durante diez años nos hemos limitado a saludarnos con amabilidad y a jugar a las cartas cada día...

—En realidad, nadie sabe mucho de nadie —musitó impresionado el señor Mac Pherson.

—Pero reconozca usted que del señor Morrison aún sabemos menos, aunque, para ser sincero, nunca me lo había planteado antes —dijo el coronel Hughes. Y, levantándose, se dirigió a la salida.

LA ACUSACIÓN



El comisario Todd no se levantó para recibir a Ernest Morrison como hubiera sido lo natural, teniendo en cuenta que durante casi diez años habían mantenido relaciones muy cordiales, ni tampoco respondió tranquilizadamente a la inquieta y muda pregunta que leyó en sus ojos; se limitó a señalarle, con manifiesta sequedad, una de las dos sillas que estaban ante su mesa de trabajo.

En cuanto a Ernest Morrison, cualquiera hubiera esperado que con la mayor rapidez manifestara su extrañeza y descontento por cuanto estaba sucediendo; sin embargo, no hizo nada semejante, al menos en un primer momento, muy al contrario, obedeció con completa sumisión y evidente cortedad la indicación del comisario y fue a sentarse en el borde de una de las sillas.

Durante algunos segundos permaneció en silencio con la mirada baja, en una actitud muy semejante a la del niño que, pillado en falta, espera, resignado y temeroso, el castigo del director de su colegio. Al fin consiguió reaccionar; pero cuando comenzó a hablar, su voz sonó débil e insegura.

—¿Qué es esto, Todd? ¿Qué sucede? Me gustaría saber por qué causa se me hace venir a comisaría cuando me hallaba enfrascado en nuestra habitual partida de cartas — preguntó tratando de parecer ofendido.

El comisario Todd lo envolvió en una profunda y larga mirada de no disimulado desprecio y en seguida dijo:

—El operario que maniobraba con una excavadora ante su casa perdió, por causas que aún desconocemos, el control de la máquina, y ésta, precipitándose contra la valla,

la derribó y fue a estrellarse luego en uno de los dos sauces gemelos que tiene usted en el jardín; a consecuencia del choque, el árbol también cayó, arrancado de raíz.

El comisario experimentó la mayor de las satisfacciones cuando comprobó el efecto que sus palabras causaban en el hombre que tenía delante, y sonrió al verlo palidecer mientras se revolvía en el borde de su asiento.

—Bien, Morrison —dijo—, ya veo que sabe usted qué fue lo que encontramos debajo del árbol caído.

Ernest Morrison sepultó una angustiosa mirada en el suelo, y sus manos, entrelazadas, temblaron.

El comisario Todd se levantó precipitadamente y comenzó a pasear arriba y abajo del pequeño despacho, siempre a la espalda del hombre al que interrogaba, como si no pudiera soportar la vista del rostro de aquel a quien, de pronto, consideraba más repugnante que la peor de las alimañas.

No era sólo desprecio lo que Ronald Todd sentía, sino también ira, una inmensa ira que amenazaba con estallar. Si no se contenía, acabaría golpeando a aquel miserable... Y pensar que durante tantos años lo había considerado como un hombre amable y ponderado; más que eso, llegó a estarle agradecido por haber hecho feliz a Mary... ¡Pobre Mary Adams...! De qué modo había sido engañada, de qué modo fueron engañados los que eran sus amigos... Y, por último, de qué modo había conseguido Morrison engañar también a la práctica totalidad de sus vecinos... Allí lo tenía ahora, abatido y tembloroso; pero seguramente no arrepentido. «La gente como él nunca se arrepiente, no puede porque carece de corazón. Su único sentimiento será el de pesadumbre por haber sido descubierto», se dijo Ronald Todd y, tragando saliva, se dio la vuelta.

—Le recuerdo que tiene usted derecho a guardar silencio o a no hablar sin la presencia de su abogado —dijo procurando dar a su voz un frío y comedido tono profesional. Luego añadió—: Ernest Morrison, queda usted detenido. Se le acusa del asesinato de Mary Adams, su esposa.

Al escuchar aquellas palabras, el cuerpo de Ernest Morrison sufrió una brusca sacudida, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y en sus ojos se reflejó una sorpresa tan absoluta que, durante unos segundos, el comisario se sintió desconcertado.

—Pero... —balbuceó Ernest Morrison, levantándose a medias de su silla—. Pero si mi esposa murió en Brasil hace diez años, si su muerte se debió a causas completamente naturales... Yo puedo probarlo, tengo el certificado de defunción, está en mi casa...

El comisario Todd lo miró con irritación: ¡qué eminente actor había perdido el mundo! Por lo visto, después de una primera reacción de abatimiento, había tenido tiempo para planear una estrategia y estaba decidido a defenderse. Bien, que lo hiciera, de nada iba a servirle, sólo él podía haber matado a Mary, por más que ahora fingiera sorpresa.

—Le repito que le asiste el derecho a no declarar —volvió a decirle procurando no perder la calma.

—¿De la muerte de mi esposa? ¿Se me acusa de la muerte de mi esposa?... —preguntaba con voz sorda y estupefacta Ernest Morrison, hablando tanto para el comisario como para sí mismo.

Tan perfecta era la interpretación de aquel hombre, que alguien desconocedor de lo que había sucedido aquella misma mañana hubiera llegado a pensar que su desconcierto era sincero. Pero Ronald Todd no se dejó impresionar.

—Su esposa no murió en Brasil hace diez años debido a causas naturales, sino aquí, hace veinte años y de forma violenta. Usted la asesinó y luego enterró su cadáver debajo de uno de los dos sauces gemelos. Encontramos sus restos esta mañana.

—¿Encontraron unos restos esta mañana? —preguntó con voz desmayada Ernest Morrison, dejándose caer de nuevo en la silla—. ¿Están seguros? ¿Verdaderamente encontraron los restos de una mujer en mi jardín?

—Completamente seguros —respondió el comisario Todd.

Ernest Morrison lo miró con asombro.

—No puede ser, no puede ser... —musitó.

—¡Sí puede ser! ¡Los restos hallados en el jardín de su casa son los de Mary Adams! —vociferó Ronald Todd.

—En tal caso, ¿quién es la mujer que murió en Brasil? —preguntó entonces Morrison haciendo gala de lo que el comisario consideró una inmensa desfachatez, y que acabó de exasperarle.

—¡Precisamente ésa es una de las cosas que esperamos que usted nos aclare! —bramó golpeando repetidamente sobre la mesa.

Después de la explosión de ira del comisario, éste y Morrison se contemplaron en silencio, y Ronald Todd, que trataba de serenarse, descubrió de pronto que el temor que se reflejaba en los ojos de Ernest Morrison cuando entró en su despacho había desaparecido. En sus pupilas había ahora asombro y, sorprendentemente, también interés. Sí, los ojos de aquel hombre estaban llenos de preguntas. «Cree haber encontrado una estrategia», volvió a pensar. Lo que a continuación dijo Morrison, y, sobre todo, cómo lo hizo, le acabaron de convencer de que estaba en lo cierto.

—Créame, Todd, necesariamente tiene que haber un error. De sus palabras deduzco que esta mañana encontraron ustedes unos restos humanos en el jardín de mi casa, y, seguramente debido a algo que había entre ellos, llegaron a la peregrina conclusión de que pertenecían a mi esposa... Pero, mi querido amigo, usted olvida que la casa permaneció cerrada durante casi diez años, la señora Mac Nigan únicamente limpiaba una vez a la semana; cualquiera, o cualesquiera, pudo, o mejor, pudieron, saltar la valla durante la noche. Por ejemplo, una pareja de desaprensivos, hombre y mujer probablemente, y luego entrar en la vivienda. Forzar una cerradura sin dejar rastro no es algo tan difícil para unos profesionales. Una vez dentro robarían alguna joya sin mucho valor y luego, quién sabe la causa, el hombre mató a la mujer y la

enterró en el jardín. Eso fue todo: una sórdida historia de maleantes. Han cometido ustedes un error, un lamentable error, que me ha hecho pasar por unos desconcertantes y muy desagradables momentos; pero estoy dispuesto a olvidarlo —concluyó dando a sus palabras un tono de condescendiente ironía mientras hacía ademán de levantarse.

—Le repito que no hay ningún error —dijo con rotundidad el comisario—. Los restos encontrados pertenecen a Mary Adams.

—¿Y quién ha reconocido con tan absoluta seguridad esos restos? —preguntó Morrison tras unos instantes de nuevo desconcierto.

—En primer lugar la señora Mac Nigan, y en segundo lugar todos nosotros: el sargento Taylor, el agente Smith y yo mismo.

Ernest Morrison no pudo contener una sarcástica risa.

—Por favor, comisario...

—Y, por supuesto, el doctor Williams —se apresuró a decir Ronald Todd.

—Comisario, ¿ha oído hablar usted de determinadas pruebas, algo relacionado con el ADN, por ejemplo?

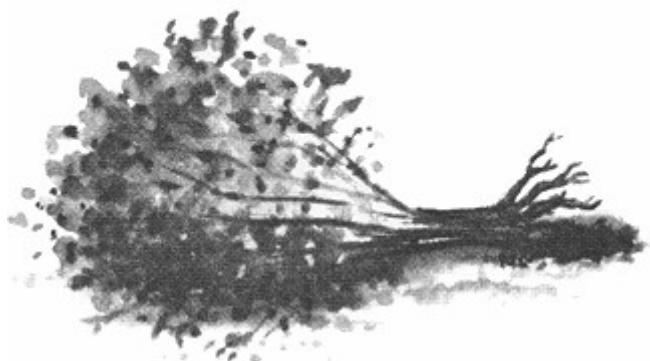
—Por supuesto, Morrison.

—No irá usted a decirme que precisamente aquí, en Wiggfield, tenemos el equipo de análisis más rápido del mundo...

—Hay casos en los que tales pruebas, que por descontado también haremos, son sólo una necesidad legal. ¿O es que va usted a decirme que ha olvidado tan completamente a Mary como para no recordar determinadas peculiaridades físicas suyas, tan claras y evidentes que a nadie podrían pasársele por alto?

Ernest Morrison, visiblemente turbado, volvió a dejar caer su mirada, y el comisario Todd no disimuló un gesto de regocijado triunfo.

LO SUCEDIDO DURANTE LA MAÑANA: EL DESCUBRIMIENTO DEL CADÁVER DE MARY ADAMS



Aquella mañana, cuando algo falló en los frenos de una excavadora y el operario que la manejaba perdió el control de la máquina, Ann Mac Nigan trabajaba apaciblemente en la cocina. La sobresaltó el impacto contra el muro y, al mirar por la ventana, contempló estupefacta y horrorizada el enorme monstruo de hierro que zigzagueaba por la pradera para ir a estrellarse contra uno de los sauces gemelos, precisamente el de la derecha.

Los árboles tenían ya muchos años, un follaje espeso y unas raíces no muy profundas; además, había llovido insistentemente durante toda la primavera y la tierra estaba demasiado húmeda y suelta. Por todo ello, el golpe seco de la excavadora era más de lo que el viejo sauce podía resistir.

Ann lo vio oscilar y caer luego sobre el césped. Durante unos minutos se sintió incapaz de reaccionar y permaneció en la ventana con las manos sobre los labios ahogando una exclamación de estupor y tristeza. Aquel árbol era el preferido de Mary, su árbol amigo, y Ann volvió a verla bajo él, pequeña y tullida, leyendo o contemplando, a través de los barrotes de la verja (entonces la casa no estaba rodeada por un alto muro como ahora), los juegos de los otros niños que se divertían en la calle. A veces la pelota se metía en el jardín y Mary se levantaba lo más rápidamente que podía y, arrastrando el pesado y rígido artefacto metálico que sostenía su pierna enferma, se aproximaba a la valla y devolvía sonriente la pelota.

A causa de la poliomielitis la mayor parte de los juegos infantiles le estaban vedados; pero Mary disfrutaba observando a los demás. En ocasiones, su madre, la

señora Adams, organizaba para ella y sus amigos reuniones tranquilas, que siempre iban acompañadas de succulentas meriendas. Seguramente pensaba que los otros niños se cansarían de permanecer junto a su hija si no había algo que los compensara de la obligada quietud a la que se veían sometidos; sin embargo, no hubiera hecho falta que se afanara tanto preparando refrescos, pasteles y bollos, porque los niños, sentados alrededor de Mary, escuchaban boquiabiertos las historias que ella misma inventaba. Eran narraciones a veces divertidas, a veces misteriosas, pero siempre emocionantes.

Sobre todo durante el verano la sombra de los sauces acogía las reuniones de Mary y sus amigos, y ella siempre iba a sentarse debajo del árbol de la derecha. Ahora éste yacía en tierra como un gigante vencido, y Ann Mac Nigan lo contemplaba mientras acudían a su memoria antiguas y muy queridas escenas.

Salió bruscamente de sus recuerdos para preguntarse, asombrada, qué era lo que estaba sucediendo en el jardín para que el conductor de la excavadora gritara de aquella forma. Ya se entendía que no era muy frecuente que uno se precipitara en una propiedad ajena y derribara un árbol casi centenario; pero aquel hombre debía de tener los nervios muy frágiles. ¡Qué manera de vociferar! ¡Y qué extraño era aquel acercarse al sauce caído, correr luego en dirección contraria para en seguida regresar junto a éste y echarse las manos a la cabeza como si a sus pies se hubiera abierto la mismísima boca del infierno!

Ann Mac Nigan se apresuró cuanto pudo; pero la cocina no tenía salida directa al jardín y sus artríticas piernas no avanzaban a la velocidad deseada, de modo que cuando abrió la puerta principal de la casa ya había en el jardín una veintena de personas, la mayoría de las cuales no eran obreros.

—Pero ¿qué sucede aquí? —gritó bajando las escalinatas que acababan al borde mismo de la pradera—. ¿No os bastaba con hacernos semejante estropicio? ¿También teníais que meternos en el jardín a la mitad de la ciudad? —preguntó indignada dirigiéndose a los obreros—. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Esto es una propiedad privada! —volvió a gritar; pero los gritos murieron en sus labios cuando, al llegar junto al sauce, descubrió lo que había en el hueco abierto a sus pies—: ¡Dios mío...! —exclamó estremecida al ver el largo hueso humano que aparecía en la tierra—. ¡Oh, Dios mío! —susurró sorda y débilmente mirando con ojos desorbitados por el espanto el herrumbroso aparato ortopédico que había junto a él.

A esa misma hora, en el campo de golf, Ernest Morrison contemplaba satisfecho cómo la bola iba a caer en el hoyo siete.

Cuando el comisario Todd recibió la noticia de que unos restos humanos habían aparecido en el jardín de Twin Willows Manor, estaba muy lejos de imaginar la enorme conmoción que iba a sufrir poco después. Para empezar, en ningún momento pensó en un hecho delictivo, sino en un hallazgo arqueológico. Quizá, bajo Twin Willows Manor

hubiera algún viejo cementerio. Esperaba que no tuviera demasiado interés; no quería ni pensar en las complicaciones que sobrevendrían en el caso de que algún organismo oficial se empeñara en hacer excavaciones en el jardín de un particular. ¡Qué enorme conmoción sufriría Ernest Morrison...! Pobre hombre, ver destrozada su amada pradera y sus queridísimas flores... Deseaba con el mayor ardor que aquellos restos de que hablaban carecieran de antigüedad; si así fuera, bastaría con trasladar de lugar los que hubieran aparecido.

Cuando el coche enfiló Archery Road, en la calle, habitualmente tranquila, había un movimiento inusual: se formaban corrillos en las esquinas y junto al jardín de Twin Willows Manor se alineaban los curiosos.

«¡Qué fastidiosas son las personas desocupadas, cómo se aprecia que Wiggfield se está convirtiendo en una ciudad de viejos!», pensaba el comisario mientras se apeaba del coche oficial.

—Por favor, tengan presente que están ante una propiedad privada —advirtió aproximándose a la porción de muro que había derribado la excavadora.

«¡Dios mío!, esto es un auténtico desastre. ¿Qué va a decir Morrison?», pensó luego, al contemplar los importantes destrozos del jardín. Derrumbada sobre uno de los bancos de piedra descubrió a la señora Mac Nigan, que sollozaba con desconsuelo.

—No se lo tome así, Ann —dijo con amabilidad. Entendía el disgusto de la mujer, ya que durante años y años ella había cuidado de Twin Willows Manor con la mayor de las solicitudes; pero le parecía excesivo su pesar—. Vamos, todo se arreglará, no se sofoque tanto. La pradera será replantada, y quizá el árbol pueda salvarse todavía —añadió palmeándole con suavidad la espalda.

—Es Mary, Ronald, nuestra pequeña Mary —balbuceó ella entrecortadamente.

El comisario la miró desconcertado; pero en seguida recordó aquellos lejanos años en los que él y otros niños iban a casa de Mary Adams a escuchar cuentos y a merendar: Mary siempre se sentaba debajo de aquel árbol. «Vaya por Dios, su árbol amigo», pensó mientras acariciaba los blancos cabellos de Ann Mac Nigan.

—Bien, querida, lo levantaremos de nuevo y arraigará, ya lo verá —prometió.

—Él la mató, Ronald, ¡la mató!, y luego nos engañó; nos ha engañado durante todo este tiempo —exclamó la anciana, uniendo la ira al dolor.

El comisario Todd movió la cabeza consternado; no tenía idea de que la mujer, a la que no veía desde hacía algún tiempo, estuviera perdiendo la cabeza; el caso era que no parecía tan vieja...

Lentamente, se separó de ella para aproximarse al árbol caído, al lado del cual se hallaban ya el sargento Taylor y el agente Smith. Cuando miró dentro del hueco que antes albergara las raíces del sauce, recibió una impresión de tal naturaleza que estuvo a punto de perder el equilibrio.

Ahora entendía los sollozos y las extrañas palabras de Ann: aquellos restos sólo podían pertenecer a Mary Adams, y a ella únicamente la podía haber asesinado su

propio marido, aquel hombre despiadado y cruel, aquel miserable al que, durante años, habían tenido por un ejemplar vecino.

Invadido por el dolor y la rabia, Ronald Todd volvió sobre sus pasos y fue a dejarse caer en el banco de piedra junto a Ann Mac Nigan.

Y mientras tanto, en el otro extremo de la ciudad, en el Dragon Arms, Ernest Morrison dormitaba tras el periódico, hundido en un cómodo sillón de cuero.

Al anciano doctor Williams, el hombre que había conocido y tratado a Mary desde el mismo día de su nacimiento, no le llevó mucho más tiempo ni menor conmoción que a Ann Mac Nigan y a Ronald Todd reconocer los restos de Mary.

—Es ella, ¿verdad, doctor? Estos restos, por extraño que parezca, sólo pueden pertenecer a Mary Adams, ¿no es cierto? —preguntó el comisario.

—Es ella —confirmó el doctor Williams, profundamente impresionado.

—Ese aparato... Hubiera sido muy difícil que otra mujer, igualmente tullida, fuera a morir y a ser enterrada precisamente en esta casa... —susurró Ronald Todd pensando en voz alta.

—Y no es sólo el aparato, Ronald, hay algo más, su dentadura... La pobre Mary poseía unos hermosos dientes, aunque incompletos; sólo tenía tres incisivos en la mandíbula inferior. Recuerdo que la señora Adams se preocupaba pensando que pudiera estar falta de calcio —explicó el doctor Williams con la voz humedecida por las lágrimas que se esforzaba en contener.

LA EXTRAÑA ACTITUD DE ERNEST MORRISON



Ernest Morrison ingresó en prisión preventiva aquella misma tarde, mientras que la pequeña ciudad de Wiggfield hervía de asombros y murmuraciones.

Algunos, los que conocieron a Mary Adams íntimamente, se sentían, sobre todo, doloridos: Ann Mac Nigan, que había sido su niñera y ama de llaves; el doctor Williams, que había cuidado de su salud a lo largo de todos los días de su vida; las hermanas Stanford, que habían crecido junto a ella, ya que, además de vivir en la casa de enfrente, fueron sus compañeras de estudios; o el propio comisario Todd, que también había sido condiscípulo de Mary desde el parvulario hasta la juventud.

Otros, los que la conocieron superficialmente o ni siquiera la conocían, se sentían horrorizados y estupefactos.

Por último había un grupo de personas, bastante numeroso por cierto, cuyo principal sentimiento era de excitación: en una ciudad pequeña, en la que nunca sucedía nada, se encontraban de pronto con un suceso estremecedor e insólito, algo que era tan terrible como emocionante.

Pero independientemente del dolor, del horrorizado asombro o de la simple excitación, todos los habitantes de Wiggfield se sentían unidos por un mismo sentimiento de indignación: los irritaba pensar que Ernest Morrison los había engañado, que durante años habían convivido con él sin sospechar nunca, que incluso le habían considerado alguien especialmente respetuoso y respetable.

—No acabo de creerlo. Dicen que los niños tienen un sexto sentido para juzgar a las personas, pues los míos corrían a su encuentro cuando nos lo encontrábamos, y él les daba caramelos y los acariciaba —decía estremecida y confusa una joven madre.

—No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo, parecía tan educado y vestía con tanta corrección... —decía con pesadumbre una anciana señora.

La mitad de la población sencillamente no podía creerlo; la otra mitad, la que siempre estaba dispuesta a admitir, sin grandes dudas, cualquier hecho, ya que no ignoraban que comportamiento y apariencias no siempre van de la mano, se veía obligada a admitir que Ernest Morrison era la última persona en quien hubieran pensado a la hora de señalar a un asesino.

En cuanto a Ernest Morrison, desde el mismo momento de su detención adoptó una extraña actitud que exasperaba a aquellos que se veían en la necesidad de tratar con él, sobre todo al comisario Todd y al abogado que se le había asignado de oficio, ya que él no mostró ningún interés en procurarse defensa legal. Dicha actitud consistía en no decir ni una sola palabra en relación con el caso: «No lo sé», o «No lo recuerdo»; eso era todo.

Evidentemente se trataba de algún tipo de estrategia; pero ni al comisario, ni al defensor, se les alcanzaba de qué podría servirle, si no fuera para dificultarles al uno la investigación y al otro la ya de entrada complicadísima defensa.

El caso se presentaba absolutamente claro; las pruebas de ADN confirmaron lo que era obvio: los restos encontrados pertenecían a Mary Adams. La mujer había muerto hacía unos veinte años, a consecuencia de varios golpes que le fueron propinados en la cabeza con un objeto contundente. ¿Y quién podía haberla asesinado sino el hombre que hizo creer a todos que seguía estando viva durante diez largos años, y que se apoderó de su dinero falsificando o haciendo falsificar su firma...? Las pruebas eran tantas y tan rotundamente acusatorias que no tenía ningún sentido que el presunto asesino se escudara en el silencio.

—Si alguien que no fue usted mató a su esposa, ¿por qué no denunció el hecho? ¿Es usted tan comprensivo y condescendiente que no sólo no se ofende porque un asesino entre en su casa y mate a su esposa sino que además le permite que la entierre en su jardín? —preguntaba con irritado sarcasmo el comisario Todd cuando Morrison lo único que decía era que él no había matado a su esposa.

—Por favor, entiéndalo, señor Morrison —suplicaba su abogado—. Tiene usted que cooperar, esta actitud suya no nos favorece en nada. ¿Por qué no me dice usted cuáles fueron sus motivos? Quizá si me indicara en qué circunstancias se produjeron los hechos, cuáles eran sus relaciones con su esposa o, simplemente, en qué estado emocional se encontraba en aquellos momentos, yo pudiera alegar algún tipo de atenuante, enajenación mental transitoria, por ejemplo, seguida de miedo insuperable a confesar la verdad... Incluso intentaría convencer al jurado de que no hubo intencionalidad por su parte, que todo no fue otra cosa que un desgraciado accidente, seguido de un cúmulo de casualidades: dos esposos que, en vísperas de emprender un

viaje, discuten por alguna causa fútil, están tensos por la marcha, él pierde los nervios y, sin saber realmente lo que hace, la golpea... Fatalmente, ella muere; él, asustado, la entierra en el jardín, y luego, para no ser descubierto, se ve obligado a montar toda una farsa que se prolonga a lo largo de los años... Puede ser coherente, ¿no le parece? Hace falta que nos pongamos de acuerdo, señor Morrison; necesito tener algo en lo que apoyarme para elaborar cualquier tipo de defensa... Pero ¿por qué calla? ¿Es que no lo entiende? —se desesperaba el defensor ante el silencio de aquel hombre que se comportaba como si nada de lo que le decía tuviera algo que ver con él.

—¿Y la mujer, Morrison? La otra mujer, la que murió en Brasil, aquella cuyo certificado de defunción usted presentó, como si fuera el de Mary Adams, para así conseguir cobrar su herencia. ¿Quién era? ¿Cómo la conoció? ¿Qué parte tuvo en todo esto? ¡Díganoslo!, de todas formas acabaremos averiguándolo —exigía el comisario Todd, haciendo los mayores esfuerzos para no golpear a aquel ser silencioso e indiferente que miraba al vacío con ojos inexpresivos—. Pero ¿qué pretende hacernos creer, que ha perdido la razón o la memoria? —acabó preguntando indignado.

Las razones del defensor tampoco servían de nada.

—Esa mujer también está muerta, no puede perjudicarla, dígame quién era; si no lo hace, ¿cómo convenceré al jurado de que la muerte de Mary fue fortuita? ¿La llamó usted esa misma noche para que le ayudara a montar algún tipo de estrategia?... Procure facilitar en algo mi cometido —suplicaba el abogado defensor—. Es imposible defender a un hombre ciego, sordo y mudo... ¿Es que no le interesa defenderse? ¿Eso es lo que sucede, que no quiere usted ser defendido?

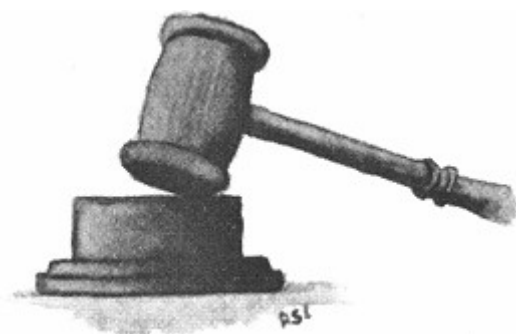
Pero Ernest Morrison continuaba sin responder, incluso a las preguntas más elementales y menos comprometidas.

—¿Con quién se relacionó mientras vivió en Brasil? ¿Tuvieron amigos, su supuesta esposa y usted? ¿Qué tipo de vida siguieron allí? La mujer que se hacía pasar por su esposa, ¿murió en casa o en el hospital? ¿Viven los padres de usted todavía? ¿Mantiene algún tipo de relación con ellos? ¿Tiene algunos otros familiares?...

¡Silencio! Siempre silencio. Ernest Morrison se limitaba a callar.

Conocer todos y cada uno de los detalles y circunstancias de aquel caso se convirtió en una especie de obsesión para el comisario Todd. Siempre había sido un policía concienzudo; pero ahora, además, el recuerdo de Mary le servía de acicate. Y así añadió horas a las del día y sacó de su propio bolsillo una buena cantidad de libras esterlinas que fueron invertidas en algunas investigaciones extraoficiales. Fue así como, apenas tres meses después, puso en manos del fiscal un abultado dossier con la más exhaustiva de las informaciones, concernientes no sólo a lo que se refería al asesinato en sí, sino a todo lo que tenía alguna relación con la vida de Ernest Morrison, antes y después de la muerte de Mary Adams.

COMIENZA EL JUICIO



El día en que comenzó la vista oral, un variopinto y expectante público se agolpaba en la puerta de la Audiencia. Ronald Todd se sentía temeroso de que el juicio acabara convirtiéndose en una cierta forma de espectáculo; sin embargo, entendía la excitación de toda aquella gente, que se pasaban la vida arrastrando monotonía, de modo que cualquier acontecimiento, fuera de la clase que fuese, los hacía vibrar. Pero era doloroso pensar que iba a ser precisamente Mary Adams, tan dulce y tan sencilla, cuyo principal deseo siempre fue pasar inadvertida, quien les proporcionara fuertes emociones tantos años después de su muerte.

Cuando Ernest Morrison apareció en la sala, cesaron los murmullos del público y todos los ojos se volvieron hacia él con incredulidad: ¿cómo era posible que aquel hombre fuera un asesino? Pese a marchar custodiado por dos policías, conservaba el porte digno y el aspecto pulcro y cuidado de siempre: traje oscuro de finas rayas, imaculada camisa blanca, corbata granate con topos y relucientes zapatos negros.

Caminaba con paso ágil y seguro, y su mirada no era la de alguien compungido o avergonzado, aunque tampoco podía decirse que fuera insolente o siquiera desafiante. Su marcha era natural, y en sus ojos lo que podía leerse era sencillamente interés. Parecía que, en vez de ser el acusado, fuera una más entre las muchas personas que aquella mañana de principios de septiembre habían acudido a la Audiencia con el deseo de conocer los detalles de un crimen sorprendente.

El comisario Todd, todavía sin conseguir dominar la honda irritación que le producía la actitud de Ernest Morrison, se preguntaba cuál sería el comportamiento que

mantendría en el juicio: ¿contestaría siquiera a alguna de las preguntas de la acusación o se encerraría en el más absoluto de los mutismos, como había hecho hasta entonces? De todas formas, el caso estaba resuelto por completo, por lo que daba lo mismo lo que Morrison dijera o dejara de decir.

La anciana Ann Mac Nigan, después de dirigir una mirada de dolorido rencor al detenido, se volvió al doctor Williams. Éste palmeó suave y amigablemente su mano y la envolvió en una cálida mirada de aliento y comprensión. Junto a ellos, las dos hermanas Stanford también intercambiaron miradas de sorprendida indignación.

—¿Cómo se atreve ese hombre miserable a presentarse con semejante aspecto de respetabilidad? —musitó indignada Emma al oído de Claire.

Ella sonrió levemente y se encogió de hombros: las cosas de Emma, pensó, ella pretendía que cada imagen correspondiera a una verdad esencial... Seguramente, si los asesinos siempre lo parecieran, tendrían menos oportunidades de asesinar...

Contemplando a Ernest Morrison, Claire Stanford pensó en Mary. ¡Pobre Mary!, no era extraño que se hubiera enamorado de él; todavía ahora, a punto de cumplir cincuenta años, continuaba siendo un hombre muy atractivo, y, sobre todo, su aspecto aún inspiraba confianza.

Ernest Morrison fue a ocupar su sitio con total calma y compostura. Junto a él, el abogado de oficio no era sino una figura pequeña y desdibujada; además, el pobre hombre, sin nada en lo que apoyar su defensa, aparecía confundido y nervioso. «Parece como si el acusado fuera él», pensaba el comisario Todd contemplándolo ordenar torpemente sus papeles.

El fiscal Brennan se frotaba las manos: aquél iba a ser su caso. Poseía todas las cartas, absolutamente todas, para mandar a prisión, y para siempre, al ser abyecto que tenía ante sus ojos. Ya se vería en qué quedaba aquella serenidad de la que ahora hacía gala al comprobar cómo la juez Parrish lo condenaba a cadena perpetua.

Cuando, después de pedir la venia, se dirigió hacia el acusado, todo el mundo tuvo la clara impresión de que no sólo estaba decidido a probar la culpabilidad de Morrison, sino que, antes, se proponía pulverizarlo con sus preguntas; tal era la energía de sus pasos y la agresividad de su mirada.

El fiscal, hombre corpulento y de elevada estatura, parecía en aquellos momentos un auténtico coloso. Sin embargo, el acusado no hizo ni un solo gesto de temor. O aquel hombre tenía nervios de acero o padecía alguna clase de enajenación que le impedía darse cuenta de lo que se le venía encima.

—¿Cuándo y dónde conoció usted a Mary Adams? —comenzó preguntando el fiscal con voz alta y grave.

—Hace veinte años, en Londres, concretamente en la estación de Waterloo —respondió el acusado con amabilidad.

—Bien, díganos con exactitud cómo fue.

—No lo recuerdo.

—¿Que no lo recuerda? ¿Que no recuerda usted qué dijo ella entonces o qué dijo usted? ¿Tampoco si alguien los presentó o si se encontraron por casualidad? ¿De verdad que no lo recuerda?

—No, no lo recuerdo —repitió Ernest Morrison sin alterarse.

—Veo que es usted un hombre profundamente desmemoriado; pero, por suerte para todos nosotros, estamos en condiciones de ayudar a su débil memoria —dijo el fiscal con marcada ironía, y en seguida añadió—: Señoría, solicito la presencia de la señorita Emma Elizabeth Stanford.

—Señorita Stanford, tenga la amabilidad de subir al estrado —indicó la juez.

Emma Elizabeth Stanford era una mujer de alrededor de cuarenta y cinco años, menuda y vivaracha, de sonrisa fácil y chispeantes e ingenuos ojos oscuros. De su pequeña figura se desprendía una alegre vitalidad. Era una persona entusiasta y extravertida, que gozaba de cualquier acontecimiento inesperado, aun cuando fuera algo nimio. Y si no hubiera sido porque en aquel caso extraordinario la persona asesinada era la pobre y querida Mary Adams, se habría sentido realmente encantada de su condición de testigo. Declarar en un verdadero juicio era una de las cosas más emocionantes que podían suceder, sobre todo si se vivía en Wiggfield. Consciente de la importancia del papel que iba a desempeñar, se alzó de su asiento para dirigirse al estrado. Mientras lo hacía, se esforzaba en caminar de manera tranquila y digna, para no dar la impresión de ser una persona atolondrada.

De todas formas no pudo evitar un sentimiento de profunda emoción cuando juró sobre la Biblia decir la verdad y sólo la verdad de cuanto sabía. Tampoco le fue posible evitar una amable sonrisa de saludo cuando el fiscal Brennan se aproximó.

—Señorita Stanford, tengo entendido que mantuvo usted una estrecha y larga amistad con Mary Adams, ¿es esto cierto? —le preguntó éste.

—Completamente cierto. Mi hermana Claire y yo fuimos sus amigas más íntimas, desde muy niñas; tenga en cuenta que éramos unas de sus vecinas más próximas, vivimos justo enfrente de Twin Willows Manor, y, además de eso, asistimos al mismo colegio y a la misma aula que Mary. Y, por si fuera poco, nuestros respectivos padres también eran amigos y, con mucha frecuencia...

—En tal caso —interrumpió el fiscal—, quizá usted sepa cómo conoció Mary al señor Morrison. Teniendo en cuenta esa amistad que las unía, no parece aventurado pensar que ella le hubiera hecho algún tipo de confidencia.

—Por supuesto que nos las hizo, a Claire y a mí; siempre lo hacía, nos contaba casi todo cuanto le sucedía, y aún más desde que murieron sus padres.

—Entonces díganos, por favor, qué fue lo que les confió en relación con tal primer encuentro.

Emma Stanford comenzó a hablar con voz íntima y sentida, como si estuviera rodeada por un grupo de niños atentos y emocionados.

—Una tarde Mary llegó a casa a la hora del té. Venía directamente de la estación. Nos contó que en Londres había conocido a un hombre encantador, que la había

ayudado a subir al tren. Ella necesitaba ayuda para subir y bajar, porque de niña sufrió de poliomielitis. Durante nuestros años de universidad, íbamos y veníamos juntas de Londres, Claire, Mary y yo, y también algunos otros amigos; pero cuando nos graduamos, ella se empeñó en seguir además un curso de especialización, y continuó yendo a Londres sola, dos veces en semana, martes y jueves. Se empeñaba en hacer una vida completamente normal, a pesar de su minusvalía, y se las arreglaba bien, excepto en eso de subir y bajar escaleras estrechas y altas, como las del tren. Siempre había buena gente que se brindaba a ayudarla, y, como era natural, ella no nos comunicaba tal cosa; pero aquella tarde fue distinto, Mary estaba impresionada por la amabilidad del joven que acababa de conocer... Decía que era cordial y cálido, ésa fue exactamente la palabra que usó, cálido, y la repitió varias veces. No sólo la ayudó a subir al tren, sino que también se sentó a su lado e inició una agradable conversación. Se interesó mucho por lo que ella hacía, por sus gustos y por el tipo de vida que llevaba. Se sintió muy impresionado al enterarse de que sus padres habían muerto unos meses atrás, y de que ella, al no tener hermanos, se sentía muy sola. Le dijo que la comprendía perfectamente porque él tampoco tenía familia. Quizá hablaran de otras cosas, Mary no lo dijo, el caso fue que a los dos se les pasó el tiempo sin sentir y que ambos se mostraron pesarosos cuando el viaje llegaba a su término; pero tenían esperanzas de encontrarse otro día para continuar charlando, ya que él, por motivos de trabajo, tenía que hacer la misma ruta que Mary, aunque continuando hasta Southampton. Cuando el tren llegó a Wiggfield, el joven ayudó a Mary a descender, aunque ella le dijo que no había ninguna necesidad de que lo hiciera, porque John, el viejo mozo de estación, estaba siempre atento, y era quien habitualmente lo hacía. A pesar de eso, él descendió con ella, y a punto estuvo de quedarse en tierra...

—Por lo que usted nos ha contado, parece que Mary se sintió atraída hacia el señor Morrison ya desde el primer día —apuntó el fiscal Brennan.

—Sí, eso nos pareció también a Claire y a mí. No paraba de hablar de él, decía que era la persona más sensible que había conocido —añadió Emma, y no pudo evitar dirigir una mirada de dolorido desprecio a Ernest Morrison.

Sus miradas se cruzaron, y ella comprobó, sobresaltada y perpleja, que en los ojos de él había una extraña expresión. Pero no, tenía que estar equivocada, no podía ser que a Ernest Morrison, por muy cruel que fuera, le parecieran divertidas sus palabras.

CLAIRE STANFORD



Claire Stanford era una mujer alta y reposada. La impresión que daba dirigiéndose hacia el estrado de los testigos era, sobre todo, de serenidad.

La mirada del comisario Todd se dulcificó siguiéndola. La conocía desde que ambos eran muy niños, lo mismo que a Emma y a Mary. Siempre la había admirado, y no sólo por su serena belleza.

No le cabía ninguna duda de que su testimonio acabaría de aclarar las circunstancias en las que Mary Adams y Ernest Morrison se conocieron, poniendo de manifiesto cuáles fueron las perversas intenciones que él tuvo desde el primer momento. Quizá de la declaración de Emma ya pudiera deducirse algo en ese sentido; pero, al contrario que su hermana, Emma era excesiva en todas sus manifestaciones, excesiva y también algo dispersa, de modo que quizá el jurado tomara con cierta reserva algunos puntos de lo expuesto por ella. Era probable que el fiscal no hubiera insistido en sus preguntas precisamente por eso.

—Señorita Stanford, ¿ratifica usted las declaraciones de su hermana? —preguntó el fiscal.

—Totalmente —repuso Claire—. ¿Puede usted añadir algo a lo ya expresado por ella?

—Creo que sí, señor fiscal.

—Por ejemplo, ¿recuerda cuándo fue la segunda vez que el señor Morrison y la señorita Adams se vieron?

—Se encontraron sólo una semana después —explicó Claire—. Mary estaba realmente entusiasmada cuando apareció en casa con la única intención de comunicárnoslo: «He vuelto a verlo, y no ha sido por casualidad. Me estaba esperando; podía viajar a Southampton cualquier día de la semana, pero recordó que yo voy a Londres los martes y los jueves», más o menos ésas fueron sus palabras.

—Su hermana ha dicho que Mary, en su primer encuentro con Morrison, estaba muy impresionada por la amabilidad de éste. ¿Qué cree usted que sintió ella en ese segundo encuentro?

—Creo que empezaba a ilusionarse.

—¿Era Mary una persona dada a las ensoñaciones? Quiero decir, ¿tendía a creer que los hombres se enamoraban de ella sólo porque se mostraran amables?

—De ninguna manera. Mary era realista y no ignoraba que su acusada cojera descomponía su figura y entorpecía considerablemente sus movimientos. Para marchar a su lado había que disminuir el ritmo, como se hace al acompañar a un anciano o a un niño. Realmente no eran muchos los hombres jóvenes que la invitaban a salir.

—¿Se sentía acomplejada por ello? ¿Era una mujer resentida?

—No. Como era natural, se sentía dolorida por su problema, pero nunca resentida. Mary era una mujer esencialmente bondadosa.

—¿Y era enamoradiza? ¿Pertenecía a ese tipo de personas que, a pesar de no ser amadas, se enamoran con facilidad?

—No, no pertenecía a ese tipo de personas.

—Pero, en alguna ocasión se sentiría ilusionada por alguien, ¿un amigo, un compañero...?

Claire hizo un gesto vago y el fiscal insistió.

—¿Recuerda si se enamoró alguna vez?

Claire Stanford miró al fiscal con ojos inquisitivos. No entendía por qué había que revelar algo que nada tenía que ver con el caso.

—Señorita Stanford, simplemente quiero poner de manifiesto el equilibrio emocional de Mary Adams —aclaró el fiscal.

—Mary se había enamorado otra vez. Pero era muy joven entonces; aún estábamos en el instituto. De todas formas no se hizo ilusiones con respecto a aquel chico. Sabía que la estimaba sincera y hondamente, aunque sólo como a una buena amiga.

El comisario Todd sintió una punzada en el corazón y bajó los ojos entristecido. Se preguntaba con frecuencia por qué no correspondió al amor que Mary le tuvo. Si lo hubiera hecho, no se estaría celebrando aquel juicio. ¿Sería por su pierna tullida y sus pasos descompuestos?... Esta era una pregunta que le atormentaba con frecuencia y muy especialmente ahora. ¿Pertenecía él al gremio de los miserables para los cuales una mujer es, sobre todo, un hermoso animal?... Pero no, no era ése el caso, estaba seguro; no sabía por qué se atormentaba: no quiso a Mary, no pudo quererla porque entonces ya amaba a otra chica...

La voz del fiscal interrumpió sus recuerdos.

—Bien, ¿podemos concluir por lo tanto diciendo que Mary Adams no era dada a ensoñaciones, ni confundía la realidad con sus deseos, y que, además, sabía aceptar el hecho de no ser amada aunque ella amase? Por todo esto parece razonable pensar que el interés mostrado por el joven Morrison hacia ella era de tal naturaleza que, por primera vez, le permitió ilusionarse. ¿No lo cree usted así, señorita Stanford?

—Sí, lo creo.

—¿Y también cree usted que en el ánimo del acusado entraba la posibilidad de conquistar a Mary, ya desde sus primeros encuentros, y con malvadas intenciones?

—También lo creo —respondió Claire con rotundidad.

—¡Protesto, señoría! —exclamó el abogado defensor, y en el tono de su voz se adivinaba el alivio que le producía poder intervenir al fin en el interrogatorio—. Lo que la testigo pueda creer no tiene mayor valor que el de una mera suposición.

—Aceptada la protesta, que no conste en acta —ordenó la juez.

—Bien, señorita Stanford —prosiguió el fiscal—, usted nos ha dicho que Mary era una mujer equilibrada y realista y no ignoraba que su acusada minusvalía dificultaba sus relaciones con el sexo opuesto. ¿Cómo explica entonces que admitiera tan rápidamente la posibilidad de que Morrison estuviera interesado en ella?

—Mary era realista; pero en modo alguno derrotista. Sabía que no le iba a ser fácil encontrar un hombre que la amara; sin embargo, no descartaba esa posibilidad. «En algún sitio habrá un hombre distinto y maravilloso», solía decir.

—Y pensó que el acusado era ese hombre —comentó el fiscal con pronunciado sarcasmo.

—Eso creo —dijo la testigo.

El fiscal Brennan dejó que el silencio siguiera a las palabras de Claire, y luego, con un gesto estudiado, fijó una mirada retadora en el acusado; pero él no bajó la suya, como hubiera sido natural, de hecho ni siquiera lo miraba. Ernest Morrison tenía los ojos clavados en Claire, y en ellos había apremio e impaciencia: «Vamos, prosigue; me interesa extraordinariamente oír tu versión de los hechos», parecían decir.

—¿Sabe usted concretamente de qué hablaron Mary Adams y Ernest Morrison aquella tarde en la que se encontraron por segunda vez? —preguntó el fiscal volviendo sus sorprendidos e indignados ojos hacia Claire Stanford.

—Lo sé, Mary nos lo repitió varias veces. Hablaron de la vida y de su sentido; de sus proyectos y de sus ilusiones, y curiosamente coincidían en todo... Ernest le abrió su corazón de par en par aquella tarde, eso también lo dijo Mary —subrayó Claire, y tampoco ella pudo evitar el sarcasmo; sin embargo, no miró a Ernest Morrison, eso era algo que no resistía.

—¿Y no hablaron por casualidad de sus trabajos y de sus situaciones económicas? —preguntó el fiscal, otra vez irónico.

El abogado defensor vio una nueva posibilidad de intervenir y no la desaprovechó.

—Protesto enérgicamente, señoría; no sé adónde quiere ir a parar el fiscal.

—Yo sí, protesta denegada —dijo la juez—. Prosiga la testigo.

—Mary nos explicó que Ernest era un joven muy emprendedor que estaba abriéndose camino en una empresa internacional de exportación e importación, y que precisamente entonces se le presentaba la posibilidad de un ascenso. También nos dijo que había tenido que hacerse a sí mismo porque nunca había contado con una familia que le apoyara.

—¿Y ella le habló a él de su más que desahogada situación económica? ¿Le dijo que poseía las rentas necesarias para no tener que preocuparse el resto de su vida?

—Señoría, protesto. Me parece que el fiscal está tratando de condicionar las respuestas de la testigo —dijo el defensor, aunque sin demasiada convicción. Como ya se temía, la juez no tuvo en cuenta su protesta.

—No lo sé, Mary no nos habló directamente de eso —prosiguió Claire Stanford.

—Sin embargo, sí habló a Ernest Morrison de la naturaleza de sus cursos de especialización.

—Sí, así fue.

—Y esos cursos de especialización siempre han sido muy caros. Una persona que no tuviera recursos económicos suficientes nunca podría permitírselos, ¿no es cierto?

—Es cierto, Emma y yo no pudimos permitirnoslos.

—Bien, dejémoslo así. Díganos ahora cuándo se vieron nuevamente el señor Morrison y la señorita Adams.

—Dos días después, el jueves siguiente; Mary se sentía emocionada.

—¿Y qué sucedió a partir de entonces?

—Que continuaron viéndose en el tren, todos los martes y todos los jueves, a lo largo de más o menos un mes.

—Los viajes de Morrison a Southampton se hicieron muy frecuentes, ¿no cree usted?

—Muy frecuentes; Mary nos dijo que se las había arreglado para hacerse con todas las ventas de la zona.

—Y después de ese mes, ¿qué ocurrió?

—Morrison cambió de ruta; pero para entonces ya estaban enamorados. Al principio procuraban verse en Londres, y él la llamaba todos los días por teléfono; luego Morrison comenzó a venir a Wiggfield los fines de semana, fue entonces cuando lo conocimos Emma y yo.

—¿Y qué impresión le produjo a usted entonces?

—Entonces me produjo buena impresión—. ¿No receló nunca de sus verdaderas intenciones?

El abogado defensor hizo un conato de protesta; pero debió de pensarlo mejor y las palabras no salieron de sus labios.

—Sí, recelamos algo Emma y yo; pero eso fue antes de conocer a Ernest, cuando lo conocimos... —Claire dudó unos momentos, como si estuviera avergonzada de

haberse dejado engañar—. Nos pareció un hombre prudente y gentil... y además miraba a Mary de una forma... Sus ojos se iluminaban cuando la contemplaba. Sí, creímos sinceramente, lo mismo que creía ella, que por fin había encontrado al hombre distinto y maravilloso con el que soñaba... —La voz de Claire Stanford había ido bajando de intensidad y finalmente casi se convirtió en un susurro. Cuando calló, el fiscal volvió a dejar que el silencio se alargara tras sus palabras.

—Es su turno —indicó por fin al abogado defensor.

Pero éste no se movió.

—No haré preguntas —respondió, y todo el mundo advirtió que también él se sentía conmovido.

LA DECLARACIÓN DE ANN MAC NIGAN



Las dos palabras más adecuadas para describir a Ann Mac Nigan habían sido siempre «fuerza» y «determinación», lo mismo cuando era joven que ahora que tenía más de setenta y cinco años. Determinación y fuerza que no siempre controlaba.

El comisario Ronald Todd recordaba que cierto día, hacía ya muchos años, a la puerta de la escuela de primaria, dos chiquillos desaprensivos se divertían imitando el andar renqueante de Mary, sin advertir que Ann Mac Nigan se hallaba precisamente detrás de ellos. De pronto se vieron sorprendidos por una furibunda mole que, cogiéndolos por el cuello de la camisa, los alzaba en el aire y los agitaba como si fueran miserables alfombras.

Ahora la fuerza y la determinación de Ann se encaminaban hacia el estrado de los testigos, dispuestas a emplearse a fondo para que aquel gusano repugnante, vil asesino de su muy querida Mary, pagara por lo que había hecho. Los presentes en la sala observaban impresionados la voluminosa figura que, enarbolando una flameante aunque invisible bandera de justa ira, marchaba pasillo adelante.

—Señora Mac Nigan, ¿conocía usted bien a Mary Adams? —preguntó el fiscal amablemente.

—Como si la hubiera traído al mundo. No tenía un mes cuando llegué a Twin Willows Manor con la misión de cuidarla. Desde ese momento no volví a separarme de ella.

—La familia Adams era para usted algo más que un grupo de personas para el que trabajaba, ¿no es así?

—Mucho más. Ellos eran algo mío, Mary era... mi niña... —La recia voz de Ann se quebró, y el fiscal, contemplándola con simpatía, esperó unos segundos hasta que ella recobró la entereza. Sólo entonces prosiguió con el interrogatorio.

—De modo que, cuando sus padres murieron, podría decirse que usted se convirtió en la única familia de Mary.

—Sí, señor, porque no tenía hermanos ni abuelos, sólo algunos parientes en tercer o cuarto grado con los que apenas trataba.

—En tal caso, también recibiría usted las confidencias de Mary en la misma forma que las hermanas Stanford.

—Bueno, ella me lo contaba casi todo; pero había cosas... En fin, Mary decía que yo me preocupaba demasiado por ella, que desde la muerte de sus padres me había convertido en su perro guardián... De todas formas, yo me di cuenta en seguida de que algo estaba sucediendo: Mary reía por cualquier cosa y cantaba a todas horas. Después comenzaron las llamadas telefónicas... Advertí a Mary que tuviera cuidado; pero ella no quería escucharme, y tampoco yo quería hierla, ¿me entiende usted? No era que yo pensara que nadie podía quererla, era preciosa, preciosa y buena, de lo mejor del mundo; pero tenía un defecto, y como los hombres son así... Ya sabe usted cómo son los hombres... —El fiscal asintió sonriendo, y Ann, al advertirlo, enrojeció—. Quiero decir algunos hombres, y ella tenía dinero, y la casa y todo eso... Bien, si hubiera sido pobre no me hubiera preocupado tanto, o si se hubiera enamorado de alguien conocido, de alguno de sus compañeros...

Ann Mac Nigan enmudeció, y Ronald Todd, que seguía sus palabras con dolorido interés, volvió a sentir una nueva punzada en el corazón.

—Señora Mac Nigan, ¿cuándo conoció usted a Ernest Morrison? —preguntó el fiscal.

—Le conocí quince días antes de la boda.

—¿Cómo es eso? ¿No visitaba a Mary todos los fines de semana?

—Así era; pero los fines de semana yo no estaba en Twin Willows Manor. Tenía que cuidar de mi madre, que se hallaba impedida, porque el resto del tiempo lo hacía mi única hermana, y créame, era una tarea muy pesada; pero no vaya usted a pensar que él se quedaba en casa por las noches, porque no era así. Llegaba a Wiggfield el sábado por la mañana y se marchaba por la tarde, y además Mary tenía ya veinticinco años...

El fiscal volvió a sonreír con condescendencia y en seguida continuó haciendo preguntas.

—¿Qué le pareció a usted el señor Morrison cuando lo conoció?

Ann Mac Nigan no respondió en seguida, y cuando lo hizo su voz sonó seca y contenida. Era evidente que le costaba mantener la calma.

—Educado, atento... Parecía querer a Mary. De todas formas yo tenía mis dudas, por eso llamé a la Wexford Import-Export.

En la sala se produjo un movimiento de expectación; pero fueron los ojos de Ernest Morrison los que reflejaron un mayor interés.

—Era la empresa en la que dijo que trabajaba —aclaró Ann—. Yo quería comprobar si tal cosa era cierta, de modo que un día llamé preguntando por él. Pensaba colgar si se ponía al teléfono; pero me dijeron que estaba de viaje, en Southampton. Confieso que eso me tranquilizó en parte, hubiera querido saber más cosas de él; pero no podía preguntar si era tan buena persona como Mary decía o si tenía tanto porvenir en la empresa como decía él. Si yo hubiera tenido más tiempo me las habría arreglado para averiguar lo que quería; pero fue una boda muy rápida, apenas seis meses desde que se conocieron, ya ve usted... Se lo advertí a Mary y no me hizo caso: «Casi no sabemos quién es, no tiene familia y tampoco conocemos a sus amigos...». Sólo estaba él para hablar de sí mismo... y el dinero es siempre tan goloso... Se lo dije a Mary, al fin se lo dije, aunque no quería lastimarla. Pero ella no cesaba de repetirme que él insistía en establecer separación de bienes. Eso acabó de convencerme, ¡qué necia fui!, porque ahora está bien claro que sólo era una argucia de ese hombre para que mi pobre Mary no recelara.

—Protesto, señoría, la testigo está haciendo juicios de valor —exclamó el defensor procurando poner algo de fuerza en sus palabras.

Ann Mac Nigan lo miró con enfado; pero su disgusto se convirtió en incontenible ira cuando advirtió la amplia sonrisa que se abría en los labios de Ernest Morrison. Levantándose a medias de su asiento, alargó hacia él las manos en un gesto de amenaza, mientras en sus labios temblaban las palabras sin encontrar sonido, de tan indignadas y doloridas.

Desde la sala se alzó un murmullo de asombro, y el fiscal se aproximó a la enfurecida testigo y comenzó a hablar con ella en voz baja, hasta que, poco a poco, consiguió calmarla.

—Señora Mac Nigan, si no puede usted dominar sus sentimientos, me verá obligada a ordenarle que abandone el estrado —advirtió severamente la juez.

La vieja Ann, todavía con los ojos centelleantes de furia, movió la cabeza asintiendo y luego miró al fiscal, animándole a proseguir.

—Señora Mac Nigan, díganos, por favor, ¿dónde vivieron los recién casados después de la boda? —preguntó éste.

—En Twin Willows Manor —repuso Ann procurando no mirar al acusado.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante dos meses.

—¿Y qué sucedió pasados esos dos meses?

—Que Morrison nos comunicó que al fin iban a concederle el tan cacareado ascenso; pero que durante dos o tres años tendría que residir en Brasil.

—¿Dijo algo más el señor Morrison en relación con su traslado a Brasil? ¿No dijo también que era mejor que al principio se marchara él solo hasta que consiguiera reunir el dinero suficiente para poder instalarse con comodidad? —preguntó el fiscal. Y Ann Mac Nigan le miró con ojos de reproche, como si pensara que lo que iba a responder a continuación favorecería más que perjudicaría a Morrison; pero él, con una sonrisa de complicidad, la animó a responder. «Confíe en mí, sé lo que me hago», parecía decirle.

—Bueno, sí, él lo dijo; pero Mary no quiso ni oír hablar de eso. Ella dijo que también podían emplear una parte de su dinero para instalarse cómodamente.

—¿Y estuvo él de acuerdo?

—Al principio no; pero sólo era...

El fiscal no permitió que Ann dijera que la actitud de Morrison se debía a una artimaña calculada para que Mary confiara en él cada vez más.

—¿Y cómo se tomó Mary ese desacuerdo? —preguntó.

—Mal, discutieron; ella decía que la postura de él era injusta y machista, que lo que sucedía era que no la amaba lo suficiente para aceptar parte de su dinero.

—Bien, y al final ¿qué sucedió?

—¿Que qué sucedió? ¿Qué iba a suceder? Que él accedió —dijo Ann elevando la voz.

—Así que él accedió... —repitió el fiscal, dando a sus palabras un claro matiz irónico. Y, después de un breve y expresivo silencio, dijo—: Bien, de momento no tengo más preguntas que hacer. Es su turno —añadió con exagerada amabilidad, dirigiéndose al defensor.

Y esta vez el abogado de oficio decidió interrogar a la testigo.

—Señora Mac Nigan, ¿continuó usted viviendo en Twin Willows Manor después de que Mary Adams y mi defendido contrajeran matrimonio? —preguntó con amabilidad.

—Sí —contestó la anciana escuetamente.

—Entonces podrá usted decirnos cómo se comportaba el señor Morrison con su esposa.

Ann Mac Nigan pareció confusa durante unos segundos.

—Se comportaba normalmente —acabó diciendo.

—¿Quiere decir con eso que era amable y cariñoso con ella?—Sí.

—Y la joven esposa ¿parecía feliz?—Lo parecía —tuvo que admitir Ann.— ¿Cómo de feliz? ¿Sencillamente feliz o muy feliz?

—Muy feliz —respondió Ann Mac Nigan con voz sorda, esforzándose para no añadir ninguna otra cosa.

—Una pregunta más, señora Mac Nigan. ¿Es cierto que Ernest Morrison no quiso hacer su viaje de novios, que le dijo a su esposa que deseaba esperar hasta que le hubieran ascendido para poder correr con todos los gastos de su luna de miel?

Los ojos de Ann Mac Nigan volvieron a encenderse peligrosamente.

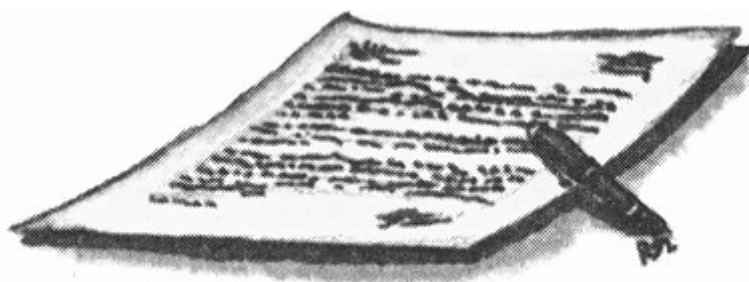
—Sí, eso dijo —respondió con aspereza, para en seguida añadir—: Pero yo pregunto: si tan digno era, ¿por qué no esperó para casarse hasta que lo hubieran ascendido?

Naturalmente, el defensor no respondió a la testigo, y ella prosiguió con fiereza.

—No lo hizo porque tenía prisa por quedarse con su dinero. Pensaba matarla desde el primer momento; pero antes tenía que ganarse su confianza. Por eso dijo lo de la separación de bienes, y lo del viaje de novios, y lo de marcharse solo a Brasil... Yo entonces no sospechaba lo que él se proponía, ¿cómo iba a sospecharlo?; pero no entendía aquellas prisas por casarse. Si tanto sentía no poder pagar el viaje de novios, ¿por qué no esperaban hasta que él hubiera reunido el dinero necesario? Se lo pregunté a Mary y ella me contestó que no podían esperar porque se amaban demasiado, que lo mismo daba tener o no tener un viaje de novios, que lo importante era estar juntos, ¡juntos para siempre!

Ann Mac Nigan calló de pronto, brusca y súbitamente; pero el eco de sus palabras se agrandó en la sala, sobrecogiendo los corazones de los presentes. Cuando abandonó el estrado, todas las miradas la siguieron con emoción y simpatía.

EL TESTAMENTO DE MARY ADAMS



Claire Stanford se preguntaba por qué cada testigo no era citado una sola vez, aunque el interrogatorio resultase muy largo; eso era preferible a tener que subir varias veces al estrado. Pero sucedía que, al negarse el acusado a declarar, el fiscal tenía que ir recomponiendo el caso exclusivamente por medio de las declaraciones de los testigos, y, como convenía hacerlo de manera cronológica, no le quedaba otro remedio que llamar a una misma persona en ocasiones diferentes.

—Señorita Stanford, ¿sabía usted que Mary Adams hizo una transferencia desde su cuenta de Wiggfield a cierta entidad bancaria de Brasil? —preguntó el fiscal amablemente.

—Sí, lo sabía —respondió Claire.

—¿Conocía el señor Morrison este extremo?

—Sí, lo conocía. Como la señora Mac Nigan ha dicho, aunque al principio se negaba a que Mary lo respaldara con su dinero, acabó aceptándolo, «Sólo para que ella viviera como estaba acostumbrada», ésas fueron sus palabras —dijo Claire, y sus labios se curvaron instintivamente en una sarcástica y amarga sonrisa.

—¿Y también sabía usted que, pocos días antes del proyectado viaje a Brasil, Mary hizo testamento en favor de su marido?

En la sala se produjo un auténtico revuelo.

—Sí, también lo sabía —respondió Claire.

—¿Y no le pareció extraño? Mary era demasiado joven para pensar en la muerte.

—Me pareció extraño y así se lo dije. Ella me explicó que lo único que hacía era corresponder a Ernest.

—¿Corresponder a Ernest? —preguntó el fiscal, y en la sala se produjo un nuevo movimiento de expectación.

—Un día Ernest entregó a Mary un misterioso sobre cerrado. Dentro había un testamento según el cual legaba a su esposa una pequeña casa en el condado de Sussex y los escasos acres que la rodeaban. No era mucho, pero Mary se sintió emocionada. «Pertenece a mis padres; si me sucediera algo quiero que sea para ti», le dijo él.

—Y para corresponder a la amorosa generosidad de Ernest, Mary se sintió obligada a hacer un testamento en su favor en el que le dejaba prácticamente todo cuanto poseía, que era bastante más de lo que poseía él —dijo el fiscal con pronunciada ironía. Y luego, mirando directamente al acusado, añadió, con no menor sarcasmo—: Si el señor Morrison se hubiera repuesto de su profundo ataque de amnesia, quizá podría decirnos qué ha sido de aquella pequeña casita, rodeada de unos pocos acres de tierra, que tenía en tanta estima...

Ernest Morrison hizo un leve gesto y sus cejas y sus hombros se alzaron como diciendo «Lo ignoro», y el fiscal prosiguió.

—Ya vemos que todavía no se encuentra en condiciones de responder, pero no importa, también esto será aclarado en el momento oportuno. Bien, por mi parte es todo —dijo dirigiéndose a Claire Stanford.

Ella iba a retirarse; pero el defensor reclamó su turno.

En la sala se produjo un rumor de fastidio: no tenía ningún sentido que aquel hombre se empeñara en justificar su sueldo. Nadie iba a reprocharle que permaneciera en silencio. Lo que verdaderamente todo el mundo deseaba era que el fiscal continuara aclarando las cada vez más excitantes circunstancias que rodeaban la muerte de Mary Adams.

—Señorita Stanford, ¿sabe usted si la señorita Adams había hecho algún otro testamento, anterior al dictado en favor de mi cliente? —preguntó el abogado.

Claire le miró sorprendida.

—No, creo que no, al menos no me lo dijo —respondió.

—¿Tenía parientes Mary Adams?

—No. Próximos no.

—¿A favor de quién supone usted entonces que hubiera testado en caso de haberlo hecho?

—No sé, supongo que a favor de alguna institución benéfica.

—Pero seguramente no se hubiera olvidado de la mujer que la crió y quizá tampoco de las dos hermanas que eran sus más íntimas amigas.

En los asombrados ojos de Claire se encendió una chispa de indignación, y el fiscal saltó de su asiento como empujado por un resorte.

—¡Protesto, señoría! No sé adónde quiere ir a parar el defensor. Protesto enérgicamente.

—¿Qué se propone usted, señor Weller? —preguntó la juez Parrish.

—Quería apuntar que la evidente animadversión de algunos de los testigos hacia mi defendido podría deberse a otras causas, además del dolor que sienten por la muerte de Mary Adams.

En la sala se produjo un sonoro rumor de protesta.

—No siga usted por ese camino —advirtió severamente la juez, y añadió que la protesta del fiscal era aceptada.

El abogado de oficio, visiblemente confundido, volvió a tomar asiento, y Claire Stanford abandonó el estrado de los testigos. Realmente ya no se sentía ofendida, más bien compadecía al defensor: «El pobre hombre no puede hacer otra cosa que dar palos de ciego», pensaba mientras regresaba a su lugar en la sala.

Pocos segundos después, Michael Thomas Mac Pherson, director de la oficina local del Midlands Bank, juraba solemnemente decir toda la verdad de cuanto sabía en relación con aquel desdichado asunto, que para él suponía, además del consiguiente disgusto por la muerte de alguien a quien había conocido y estimado, una considerable preocupación personal y una publicidad no deseada para la entidad financiera que dirigía. Tan apesadumbrado estaba que, una vez terminado el juicio, tenía pensado retirarse con su esposa a la pequeña casita que poseían en la costa.

—Señor director, ¿recuerda usted si Mary Adams hizo una transferencia de más o menos cincuenta mil libras a determinada cuenta, abierta a su nombre en una entidad bancaria de Brasil? —preguntó el fiscal.

—En efecto, la hizo.

—¿Y fue ésa la única vez que su banco transfirió dinero a dicha cuenta?

—Desdichadamente no; hubo otras operaciones a lo largo de los años.

—Dígame, ¿quién daba las órdenes para que se realizaran esas operaciones?

—Bien, nosotros creímos que era Mary Adams quien lo hacía. Claro que...

—Claro que, teniendo en cuenta que Mary Adams estaba muerta, es obvio que no pudo dar orden alguna —interrumpió el fiscal.

—Ahora es obvio; pero entonces nosotros creímos...

El fiscal volvió a interrumpir al testigo.

—Ustedes creían, como todo el mundo, que Mary vivía felizmente en Brasil; pero no era así, y por tanto, si alguien, desde allí, realizaba operaciones en su nombre, tenía que ser porque falsificaba su firma.

—Efectivamente —corroboró el señor Mac Pherson con tanta pesadumbre que el fiscal suavizó su actitud y el tono de su voz.

—Supongo que su banco dispone de peritos calígrafos.

—¡Por supuesto! —se apresuró a decir el señor Mac Pherson, y en seguida añadió —: Pero ¿quién iba a pensar...? No teníamos ningún motivo para dudar... En fin, Mary Adams estuvo en el banco para hacer una transferencia a cierto banco de Brasil. La operación no sólo era correcta sino perfectamente natural: era su dinero y lo único que hacía era transferir una parte de él al lugar en el que se proponía residir. Ella misma nos advirtió que, probablemente, sería necesario transferir algunas otras cantidades, y algún

tiempo después nuestro banco recibió una solicitud en dicho sentido. No nos pareció necesaria la intervención especial de ningún calígrafo... La firma parecía absolutamente normal...

—¿En cuántas ocasiones se hicieron transferencias desde su banco a la cuenta que Mary Adams tenía abierta en Brasil?

—En diez o doce ocasiones.

—¿Y qué cantidad de dinero fue transferida?

—Prácticamente la totalidad —respondió con voz débil el señor Mac Pherson.

—¿La totalidad? ¿Y tal cosa tampoco les pareció extraña?

—Dado que Mary parecía haberse instalado en Brasil indefinidamente... no nos pareció extraño. Tenga en cuenta que Mary también era cliente de otros bancos, en Southampton y en Londres, y que además nosotros continuábamos gestionándole un importante paquete de acciones.

—Una cosa más, señor Mac Pherson. ¿Una copia del testamento de Mary Adams estaba depositada en su banco?

—Sí, señor, así era.

—Y cuando, hace diez años, Ernest Morrison se presentó ante usted con el supuesto certificado de defunción de Mary, ¿le entregó dicha copia?

—Por supuesto, el certificado estaba legalmente expedido, y el señor Morrison era esposo y heredero de la difunta Mary Adams.

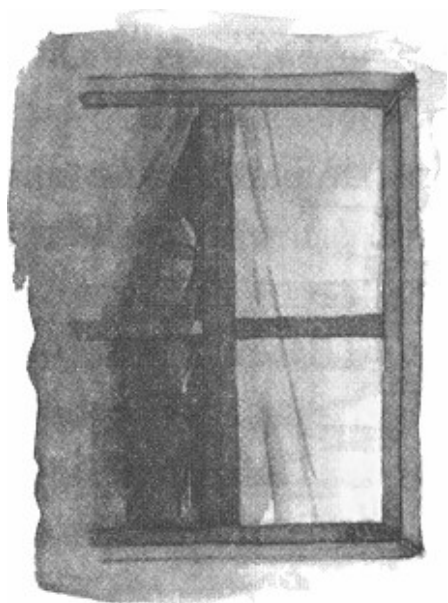
—Y por último, supongo que, a la vista de los acontecimientos, sus calígrafos habrán examinado las firmas de las peticiones de transferencias cursadas desde Brasil.

—Ciertamente, para verificar, como ya sabíamos, que eran falsas. Pero los peritos también llegaron a la conclusión de que las falsificaciones eran perfectas.

—Bien, eso es todo, señor Mac Pherson —dijo el fiscal con su voz más amable.

Cuando el director de la oficina local del Midlands Bank descendió del estrado de los testigos, se sentía como alguien que, correctamente vestido, se ve obligado a mostrar en público una enorme mancha de salsa de tomate sobre una camisa blanca de la que no va a poder desprenderse al menos durante toda una semana. Sin embargo, nadie en la sala le acusaba de negligencia; el indignado murmullo que siguió a su declaración estaba exclusivamente dirigido al miserable asesino cuya cruel personalidad estaba siendo descubierta.

DE NUEVO LAS HERMANAS STANFORD



—Señorita Stanford, ¿sería usted tan amable de decirnos cuándo fue la última vez que vio a Mary Adams? —preguntó el fiscal a Emma Stanford.

—La tarde anterior a su marcha... Quiero decir, la tarde anterior a su muerte, aunque creí verla a la mañana siguiente.

—Explíquese, por favor —pidió el fiscal.

—Verá, como ya he dicho, mi hermana Claire y yo nos despedimos de Mary la tarde anterior a su marcha... es decir...

—Prosiga, entendemos lo que quiere decir —interrumpió el fiscal. Y la confundida Emma, que en esta ocasión estaba verdaderamente nerviosa, hizo un gesto de alivio y disculpa.

—Ernest y Mary pensaban partir hacia Londres la mañana siguiente, a primera hora. A nosotras no nos hubiera importado levantarnos temprano para decirles adiós; pero Mary se opuso, y Ernest la apoyó. Ella decía que odiaba las despedidas, que le costaba mucho dejar su casa y sus amigos y que prefería estar sola a la hora de la marcha. Él estuvo de acuerdo con ella e insistió en que nos despidiéramos por la tarde, y eso fue lo que hicimos.

—Señorita Stanford, ¿cómo pensaban marcharse los Morrison a Londres?

—En coche, Ernest había alquilado un coche para que viniera a recogerlos. Ni Mary ni él conducían, y tenían demasiado equipaje como para irse en tren.

—¿Hubo algo que a ustedes les extrañara en relación con el alquiler de ese coche?

—Hubo algo que me extrañó a mí, aunque no a Claire.

—Díganos qué fue lo que le extrañó.

—Que llamaran a un coche de Southampton. Ahora lo entiendo; pero entonces verdaderamente me sorprendió, porque aquí también había coches de alquiler. Claire dijo que seguramente Ernest tendría amistad o algún tipo de compromiso con el conductor, y eso fue lo que acabé pensando también yo.

—Bien, ¿sería tan amable de decirnos ahora qué fue lo que vio usted a la mañana siguiente?

—A la mañana siguiente me desperté muy temprano. Había dormido mal, pensaba en Mary, me hubiera gustado tanto despedirme otra vez de ella... Oí el ruido de un coche que se detenía y me levanté, no pretendía espiar; pero tampoco quería disgustar a Mary, así que no encendí la luz de mi habitación ni descorrí las cortinas.

—¿El automóvil permaneció en la calle o penetró en el jardín de Twin Willows Manor? —interrumpió el fiscal.

—Permaneció en la calle. El portalón de entrada no era lo suficientemente ancho, los Adams nunca tuvieron auto —explicó Emma Stanford.

—Bien, prosiga, por favor.

—Lo primero que me sorprendió —continuó diciendo Emma— fue comprobar que eran las cinco de la mañana. En fin, ellos dijeron que se marcharían temprano; pero de Wiggfield a Londres no hay más de una hora por carretera, ¿qué podrían hacer allí a las seis de la mañana? Yo tenía entendido que su avión no salía tan pronto... Lo segundo que me sorprendió fue que Ernest, después de haber colocado las maletas en el coche, entró en la casa y regresó con Mary entre los brazos. A ella, aunque le costaba trabajo caminar, le gustaba hacerlo por sí sola. Nunca había consentido que Ernest la llevara en brazos, aunque él lo intentó varias veces, no recuerdo por qué causa. Pero hubo algo que aún me sorprendió más: las gafas de sol y el sombrero. No entendía por qué Mary llevaba gafas de sol a las cinco de la mañana, y en cuanto al sombrero, sólo puedo decir que ella odiaba los sombreros. Luego comenté todo esto con Claire; pero ella no es amiga de dar demasiadas vueltas a las cosas como suelo hacer yo. Dijo que seguramente Mary se había pasado la noche llorando y tendría los ojos irritados, y el sombrero se lo habría regalado Ernest, y a lo mejor ella tendría el cabello mal arreglado. Tampoco le extrañó especialmente el que Ernest llevara a Mary en sus brazos. «Se habrá torcido un tobillo», eso fue lo que dijo.

—¿Pudo usted ver con claridad el rostro de la persona que Morrison llevaba en brazos?

—No, no pude verlo. La calle permanece iluminada toda la noche; pero, aunque nuestra casa está próxima a la de Mary, no es posible distinguir con claridad todos los rasgos de un rostro.

—Entonces, ¿usted pensó sin ninguna duda que aquella mujer era Mary?

Emma Stanford miró azorada al fiscal y continuó.

—Vestía la ropa de Mary, tenía el mismo color de pelo, Ernest la llevaba en brazos... Entonces no se me ocurrió pensar que pudiera no ser ella —respondió con voz insegura, como si, en cierto modo, se sintiera culpable.

—Señorita Stanford, esto es todo. Sus palabras nos han sido de suma utilidad —agradeció el fiscal, y procedió a llamar al estrado a Claire Stanford.

—Señorita Stanford —preguntó—, ¿le pareció completamente natural que Mary Adams prefiriera despedirse de su hermana y de usted la tarde anterior a su anunciada marcha?

—Mary era la que se iba y tenía derecho a fijar el momento de su despedida. Por eso le dije a Emma que no insistiera.

—¿Tampoco dio usted importancia a los extraños detalles de la marcha, aquellos que tanto sorprendieron a Emma?

—Como mi hermana ha dicho, no soy una persona que dé vueltas en la cabeza a cosas que puedan tener una sencilla explicación.

—¿También se aproximó usted a la ventana para ver partir a Mary?

—No, no me aproximé, ni siquiera oí el zumbido del motor del coche; mi dormitorio está en la parte posterior de la casa.

—Bien, dejemos esto y díganos, por favor, si su hermana y usted mantuvieron algún tipo de relación con la que creían era Mary Adams a lo largo de los diez años en los que Ernest Morrison y su supuesta esposa permanecieron en Brasil.

—Durante los primeros años mantuvimos contacto de forma relativamente frecuente, por medio de cartas y postales.

—¿Y nunca notaron algo extraño en la letra de esas cartas y postales?

—Nos pareció que la letra de Mary había cambiado ligeramente; pero no le dimos ninguna importancia, pensábamos que se debía al accidente que había sufrido en la mano derecha.

—¿Un accidente en la mano derecha?

—La primera noticia de Mary que recibimos desde Brasil fue por medio de un telegrama. Decía que habían llegado bien y que se sentían muy felices. Más o menos un mes después recibimos una larga carta, aparentemente dictada por Mary, pero con letra de Ernest. En ella nos explicaba que había sufrido un pequeño accidente y se había roto la muñeca derecha. Aproximadamente dos meses más tarde llegó la segunda, en la que la persona que creíamos Mary se disculpaba por su mala letra. Según decía, la mano aún no se le había restablecido del todo, incluso podría suceder que nunca se le recuperara por completo. Era una carta larga en la que nos hablaba del estupendo trabajo de Ernest, de lo hermoso que era Brasil, y de su nueva casa. Nos adelantaba que Ernest tendría que viajar por todo el país y que ella pensaba acompañarle.

—¿Continuó Mary escribiéndoles con frecuencia?

—Después de esa segunda carta recibimos algunas otras; pero cada vez de forma más espaciada. Lo que sí continuaron llegando regularmente fueron tarjetas postales, siempre afectuosas, desde distintos lugares de Brasil. Poco a poco también éstas fueron escaseando, en los últimos años llegamos a pensar que Mary había terminado por olvidarse de nosotras y de Inglaterra; parecía no tener ya el menor deseo de volver. En cierto modo nos alegrábamos por ella: «Si no nos necesita será porque está completamente centrada en Brasil», pensábamos. Claro que también lo sentíamos, sobre todo por la señora Mac Nigan, de la que también parecía haberse olvidado. «Esta Mary, ese hombre nos la ha cambiado...», decía la pobre. —La voz de Claire se apagó en un murmullo tristemente irónico, y el fiscal no hizo más preguntas.

ANN MAC NIGAN SÍ ESTABA EXTRAÑADA



—Señora Mac Nigan, ¿encontró usted algo extraño en la marcha de Mary y Ernest? —preguntó el fiscal.

—Oh, sí, para empezar me parecía precipitada; pero eso creo haberlo dicho ya. Había algunas otras cosas que también me extrañaban, sobre todo el día elegido, ¿por qué tenían que irse precisamente el sábado por la mañana?

—¿Por qué le pareció a usted tan raro que se marcharan el sábado? Era un día como cualquier otro.

—Eso mismo dije yo; pero Mary contestó que su marido quería comenzar a trabajar inmediatamente, y necesitaban al menos un día para instalarse. ¿Un día? Pero ¿para qué?, si al principio iban a vivir en un hotel... Además, puestos a estar antes en Brasil, ¿por qué no se fueron el viernes? Ella sabía que yo me marchaba durante los fines de semana a Winchester, para cuidar a mi madre. De todas formas, le dije que, si debían irse el sábado, yo me quedaría hasta el sábado; pero Ernest Morrison se negó, con el pretexto de que era mucho mejor para todos que nos despidiéramos el viernes a mediodía. «¡Para mí no!», protesté yo; pero Mary se puso de su parte, siempre lo hacía: «Entiéndelo, Ann, prefiero salir sola de casa». Eso me dijo, lo mismo que a las hermanas Stanford; pero yo no logré entenderlo. Muchas cosas no las entendí entonces, aunque ahora sí. Ahora entiendo por qué ese hombre insistió tanto en que yo me fuera el

viernes a mediodía, como siempre. Lo que quería era quedarse solo con Mary para asesinarla.

El abogado defensor inició un gesto de protesta; pero no se decidió a expresarla. Seguramente pensó que era más prudente no provocar a la mujer que estaba en el estrado. Sin embargo, el silencio que siguió a las últimas palabras de Ann Mac Nigan fue bruscamente quebrado por ella misma.

—¡Está diciendo que sí! ¡Mírenlo! ¡Y tan satisfecho...! ¡No es un hombre, es un monstruo! —decía con palabras altas y atropelladas y ojos iracundos, señalando a Ernest Morrison.

Sucedía que, al mirarlo instintivamente, le descubrió haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza. El acusado, que, a pesar de sus gestos, estaba metido en sí mismo, salió durante unos instantes de su ensimismamiento y contempló con asombro a la mujer que le increpaba.

Su gesto también fue interpretado por el público como una provocación, y la sala se convirtió en un hervidero de ruidosas indignaciones.

—¡Orden, orden, o desalojo la sala! —amenazó la juez—. En cuanto a usted, señora Mac Nigan, le recuerdo, una vez más, que se modere. Si no lo hace, la apartaré del caso definitivamente —añadió dirigiéndose a la iracunda anciana cuyos ojos aún flameaban.

—Cálmese, Ann, cálmese —suplicaba el fiscal.

—Pero ¿no ha visto usted a ese hombre diciendo que sí con la cabeza? ¡Que sí...! Pues claro que sí, eso lo sabemos todos, que planeó matarla desde el primer momento. ¿Por qué no lo condenan ya?

—Todos sabemos que planeó matarla; pero hace falta probarlo, y eso es lo que me propongo. ¿No lo entiende, Ann? —explicó pacientemente el fiscal.

Al fin Ann Mac Nigan consiguió calmarse, y la juez permitió que prosiguiera el interrogatorio.

—Señora Mac Nigan, tengo entendido que Mary Adams le había pedido que se encargara usted de la conservación y cuidado de Twin Willows Manor mientras que ella permaneciera en Brasil. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto.

—¿Era necesario que, para ello, residiera usted en la casa?

—No, señor; Mary dijo que era suficiente con que acudiera a Twin Willows Manor una o dos veces por semana. Se trataba únicamente de mantener bien cuidados la casa y el jardín.

—¿Acordaron ustedes alguna modificación en relación con su sueldo?

—Oh, no, mi pobre Mary no quiso ni oír hablar de eso, insistió en continuar pagándome el sueldo entero. Quizá no debería haber aceptado; mas necesitaba el dinero... O también hubiera podido buscar otro empleo; pero ella deseaba que, a su vuelta, yo estuviera en casa.

—¿Y ese sueldo le fue pagado puntualmente?

—Sí, señor, todos los meses recibía un cheque. Supongo que a él no le quedaba otro remedio que enviarlo —dijo haciendo un gesto en dirección a Morrison.

—¿Recibía usted alguna carta o nota con el cheque?

—Sí, Mary, bueno, yo creía que era Mary, me escribía. Al principio cartas, y luego tarjetas; al final ni una cosa ni otra.

—¿Y no encontró usted nada extraño en la letra de aquellas cartas y postales?

—Nada extraño, parecía su letra; claro que yo nunca me había fijado mucho en la letra de Mary. Además, también a mí me dijeron eso de que ella se había lastimado una mano. El caso fue que no noté nada extraño.

—Bien, nos ha dicho usted que al principio recibía cartas, luego tarjetas y por último ni una cosa ni otra.

—Así es.

—¿Y no le extrañaba esa falta de cariño por parte de Mary?

—Sí, me extrañaba y me dolía. Pero como decían que viajaban tanto... Pensé que a Mary le faltaba el tiempo... Bueno, eso fue lo primero que pensé; después también pensé otras cosas...

—¿Qué pensó usted? —preguntó el fiscal con una sonrisa de simpatía.

—Pensé que ya no me necesitaba, que había acabado olvidándose de su vieja Ann... Pero la verdad era que no podía llegar a creerlo, y por eso no paraba de darle vueltas a la cabeza: «¿Y si lo que ocurre es que ya no es feliz y no quiere preocuparme? ¿Y si estuviera enferma...?».

—Otra cosa, señora Mac Nigan, ¿recibió usted alguna explicación, por parte de la supuesta Mary, en lo tocante a la prolongación de su ausencia?

—Sí, me fue preparando poco a poco. Antes de que se cumplieran los dos años ya estaba diciéndome que seguramente no regresarían tan pronto como habían pensado, que Ernest estaba allí muy satisfecho y que ella también se sentía contenta. Y luego dijeron que a él le habían prorrogado el contrato indefinidamente.

—Otra pregunta más, señora Mac Nigan: ¿cuándo regresó usted por primera vez a Twin Willows Manor después de la marcha de Morrison y de la supuesta Mary?

—Cuatro días después. El señor Morrison insistió varias veces en que no era necesario que volviera hasta pasadas una o dos semanas. Pero yo estaba inquieta, no me acostumbraba a dejar la casa sola; también me preocupaban las plantas, Mary adoraba su jardín, y el viento había soplado con fuerza durante casi dos días.

—¿Encontró algo extraño en la casa?

—En la casa no; pero sí en el jardín.

—¿Qué fue lo que le pareció raro, Ann?

—Me extrañó que la tierra estuviera removida bajo los sauces gemelos. Siempre que Mary estaba nerviosa o triste trabajaba en el jardín; pero yo no entendía por qué dio labor a la tierra precisamente debajo de los dos árboles. Entonces no había allí ningún tipo de plantas, ni, por supuesto, tampoco de malas hierbas. Lo que yo no podía imaginar era que, debajo de aquella tierra removida...

—¿Cómo se comportó el señor Morrison cuando, pasados diez años, regresó solo a Twin Willows Manor? —se apresuró a preguntar el fiscal, temeroso de que la imprevisible Ann volviera a dejar sueltas sus emociones.

Ann Mac Nigan tardó unos segundos en responder.

—Parecía aturdido... Él decía que estar en la casa sin Mary era demasiado doloroso... Y no quería salir, permaneció varios días sin pisar la calle, decía que había perdido el contacto con el mundo, que apenas recordaba a los amigos de Mary, y que ellos tampoco lo recordarían a él... Incluso la primera vez que nos vimos, me miró como si también me hubiera olvidado: «Señor Morrison»... le dije, «soy yo, Ann, la vieja Ann, ¿no me recuerda?». «Claro que la recuerdo», contestó, «es que... bueno, pensaba en otras cosas...»; entonces creí que se refería a Mary y estaba conmovido. Confieso que también yo me conmoví cuando lo descubrí en el jardín, debajo de los dos sauces... Y otra vez estaba la tierra removida. «Lo mismo que ella hizo el día que se fue, ha hecho él el día que ha vuelto.» Eso fue lo que pensé; pero si hubiera sabido...

El fiscal volvió a apresurarse haciendo otra pregunta.

—¿El señor Morrison no la avisó de su regreso?

—No, señor, no lo hizo. Si lo hubiera hecho, habría estado en Twin Willows Manor esperándole, porque para entonces mi pobre madre ya había muerto, y yo no tenía nada especial que hacer durante los fines de semana.

—¿Regresó el señor Morrison en fin de semana?

—Sí, regresó la tarde de un viernes. Cuando le pregunté que por qué no me había advertido de su llegada, me dijo que prefería estar solo en Twin Willows Manor al menos durante los primeros momentos, porque necesitaba ordenar sus recuerdos.

SUSAN PARK Y ERNEST MORRISON



Jonathan Bruce ocupó el estrado de los testigos. Era un hombre de aspecto respetable que frisaba los sesenta años de edad.

—Señor Bruce, ¿conoce usted al acusado?

El testigo dirigió la vista hacia Ernest Morrison y no dudó al responder.

—Sí, lo conozco.

En los ojos de Morrison apareció un punto de interrogación.

—¿Puede decirnos cuándo y dónde lo conoció? —pidió el fiscal.

—Le conocí hace más de veinte años en la Wexford Import-Export, empresa en la que ambos trabajábamos.

—¿Qué puesto desempeñaba usted en dicha empresa?

—Era jefe de contabilidad.

—¿Y el señor Morrison?

—Vendedor de zona.

—¿Realmente era entonces Ernest Morrison un joven con un futuro tan prometedor como él mismo decía?

Jonathan Bruce titubeó antes de responder.

—Bueno, yo no diría tal cosa. Ciertamente tenía decisión y un carácter extravertido, cualidades ambas estimables en un vendedor; pero carecía de la preparación suficiente para desempeñar puestos de importancia. Además, no tenía pensado permanecer durante mucho tiempo en la Wexford Import-Export; de hecho, en los últimos meses de su estancia en la empresa hablaba de establecerse por su cuenta,

según decía, en un negocio propio que pensaba emprender en el extranjero en compañía de su esposa; por eso no nos extrañamos cuando se despidió.

—¿Se despidió? ¿Dice usted que abandonó voluntariamente la empresa?

—Así fue, sí, señor, voluntariamente.

—¿Está usted seguro? —preguntó el fiscal—. ¿No sería que la Wexford Import-Export le encomendó una misión fuera de Inglaterra, en Brasil concretamente? Quizá usted no tuviera entonces noticia de ello...

—Yo mismo presenté el finiquito a Morrison para que lo firmara. Además, no había ninguna posibilidad de que él u otro empleado cualquiera fueran enviados a Brasil; la Wexford Import-Export no tiene, ni ha tenido, relaciones con dicho país.

—¿No puede haber algún tipo de error? —insistió el fiscal.

—No, señor —respondió el testigo rotunda y rápidamente.

—Bien, señor Bruce, ¿puede usted decirnos ahora si conoció personalmente a la señora Morrison?

—Sí, la conocí, aunque sólo de modo superficial.

—¿Y cómo la definiría usted? El señor Bruce miró al fiscal con turbación.

—Bien, yo... —titubeó—. Ya le he dicho que sólo la conocía de vista, y de forma muy superficial...

—Pero podrá usted emitir un juicio en relación con su aspecto físico. ¿La consideraba una mujer bella?

—¿Bella?... Bueno, ya sabe, estas cosas son muy personales; guapa sí, pero bella...

—¿Diría usted que su belleza era delicada, espiritual...?

—¡Oh, no! Ciertamente no —respondió con vehemencia el testigo, aunque en seguida se sintió obligado a matizar sus palabras—: Sin embargo, era una mujer muy atractiva.

En la sala se oyeron algunos murmullos de estupor; pero el fiscal continuó con aquel, tan inusual, interrogatorio.

—¿Cómo definiría exactamente la belleza de la señora Morrison?

—¿Exactamente? —preguntó visiblemente turbado el señor Bruce.

—Sí, exactamente —insistió el fiscal.

—Bien, la definiría como vulgar y provocativa.

En la sala los murmullos subieron ostensiblemente de intensidad, y el fiscal se apresuró a hacer la siguiente pregunta.

—¿A pesar de su defecto físico?

—¿Defecto físico? —preguntó con asombro el testigo.

—¿No sufría la señora Morrison una acusada cojera?

—¿Cojera...? La señora Morrison no cojeaba, ella poseía un par de magníficas piernas... —Jonathan Bruce se interrumpió azorado; pero el fiscal le sonrió de manera tranquilizadora y después le enseñó una fotografía.

—¿Era esta mujer la señora Morrison que usted conoció? —preguntó.

—¡Oh, no! Esta joven no es la señora Morrison, ni siquiera se le parece —se apresuró a responder el testigo.

Al oír aquellas palabras, el asombro de la sala se convirtió en excitación.

—Gracias, señor Bruce, esto es todo —concluyó el fiscal.

La excitación del público alcanzó tal grado que la juez Parrish no tuvo más remedio que amenazar con el desalojo de la sala; pero, cuando el nuevo testigo fue llamado a declarar, los rumores cesaron súbita y totalmente.

Avanzando por el pasillo que conducía al estrado, el comisario Ronald Todd, un hombre alto y fuerte que inspiraba confianza a primera vista, era contemplado con ansiedad por muchos pares de ojos. A nadie le cabía duda de que su testimonio habría de ser definitivo a la hora de encajar las últimas piezas del apasionante rompecabezas en que se había convertido la causa seguida contra Ernest Morrison.

—Comisario Todd, de lo expuesto por el testigo anterior se deduce lo que ya muchos sospechábamos, que en la vida de Ernest Morrison había otra mujer, que era, o decía ser, su verdadera esposa. ¿Estaban legalmente casados Morrison y dicha mujer, o, sencillamente, lo manifestaban así?

—Ernest Morrison y Susan Park, que así se llamaba la otra mujer, se casaron en Londres, según consta en un certificado de matrimonio expedido el 25 de enero de 1970.

—Es decir, seis años antes de que él conociera a Mary Adams.

—Exactamente.

—Para casarse con Mary, Morrison necesitaría presentar un documento que acreditara su soltería, ¿no es cierto?

—Es cierto, y así lo hizo. Evidentemente era una falsificación, perfecta según los calígrafos.

—Bien, comisario, volviendo atrás, ¿quién era Susan Park y dónde conoció a Ernest Morrison?

—Susan Park y Ernest Morrison se conocieron cuando eran niños, en Caxton, un pequeño pueblo del condado de Somerset, donde ambos vivían con sus respectivas familias. Parece que se habían enamorado en la más temprana adolescencia. Los dos eran jóvenes y alocados, y estaban llenos de ilusiones. Soñaban con abandonar Caxton. Ella deseaba ser una gran actriz y él estaba seguro de triunfar en el mundo de los negocios. Pero ni uno ni otro se preocupaban de procurarse algún tipo de formación, ni siquiera terminaron los estudios de secundaria, a pesar de que sus padres pusieron el mayor interés en ello.

—Así pues, Susan y Ernest tenían familia, no eran personas desarraigadas.

—La tenían, y ambos fueron niños queridos. Ernest, adoptado a los pocos días de nacer, colmó los deseos más profundos e íntimos de sus padres. Susan, la menor de los cuatro hijos de los Park, siempre fue mimada y protegida por sus tres hermanos varones.

—¿Viven todavía los miembros de esas dos familias?

—Los padres de Ernest Morrison han muerto ya; pero los de Susan aún viven, lo mismo que sus tres hermanos.

—¿Cuándo abandonaron Morrison y Susan Park su pueblo natal?

—En el momento en que ella, que tenía unos meses menos que él, llegó a su mayoría de edad. Desaparecieron del pueblo, llevándose todo el dinero que sus padres guardaban en casa.

—¡Protesto! Tales hechos no tienen nada que ver con el caso —exclamó de pronto el abogado defensor, y su voz sonó inesperada y chirriante, como la explosión de arranque de un ciclomotor. El público, que casi se había olvidado de su presencia, lo miró con sobresalto y sorpresa.

—Señoría, este ministerio desea dejar claro que el acusado carecía de los más elementales escrúpulos, que no era un hombre impulsivo, sino frío y calculador, y que no dudaba en llegar a donde fuera con tal de conseguir lo que quería —explicó el fiscal.

La protesta fue desestimada y el defensor volvió a sumergirse en el silencio.

—¿Supieron los padres de Ernest y Susan algo más de sus hijos? ¿Se pusieron éstos en contacto con ellos? —preguntó el fiscal.

—No, nunca.

—Bien, ¿puede decirnos qué hicieron los dos jóvenes a partir del momento de su desaparición?

—Durante algún tiempo Susan formó parte del elenco de una pequeña compañía de variedades, luego sirvió de modelo a un pintor de segunda fila para volver no mucho después al mundo del teatro, en el que permaneció dos o tres años más sin conseguir más que pequeñísimos papeles; por fin tuvo que aceptar un empleo de taquillera, eso sí, en uno de los cines más conocidos de Londres. En cuanto a Ernest, comenzó perdiendo su dinero al asociarse con alguien que acababa de emprender un negocio disparatado. Luego, con el ánimo de ascender a puestos más altos, comenzó su andadura como vendedor, siempre en empresas muy modestas, casi desconocidas en el mercado. En ninguna de ellas permaneció durante más de un año. Parecía haber encontrado algo de estabilidad en la más importante de todas, la Wexford Import-Export, cuando conoció a Mary Adams.

—Bien, ya sabemos cuáles fueron las circunstancias que rodearon la vida de Ernest Morrison antes de que conociera a la señorita Adams; pero, díganos, ¿cómo transcurrió después de haberla asesinado? ¿Era Susan Park la mujer que vivió y murió en Brasil suplantando la personalidad de Mary?

—En efecto, esa mujer era Susan Park. En cuanto al tipo de vida que llevaron en Brasil, los Morrison se hacían pasar por un matrimonio de artistas. Ella pintaba y él esculpía. Habitaban en una cómoda casa, en la que, a decir de sus antiguos vecinos, vivían de manera completamente normal. No tenían verdaderos amigos; pero mantenían cordiales relaciones con algunos de sus vecinos. Siempre conseguían dar una imagen de respetabilidad. Eran prudentes, en una palabra; supongo que de ningún modo querían llamar la atención. Aunque viajaban con cierta frecuencia, no hacían ningún tipo de

derroche ni ostentación. Por lo que parece, supieron encauzar sus antiguas ambiciones de juventud y se conformaron con vivir con comodidad. Ernest invirtió, con inteligencia y éxito, el dinero de Mary, y, contando además con las rentas anuales de ella, no necesitaron de nada más para sentirse satisfechos. Cuando Susan murió de cáncer, sus vecinos y conocidos lo lamentaron sinceramente, y todos comprendieron que Ernest, que se sentía muy solo, decidiera regresar a Inglaterra.

RECONSTRUCCIÓN ORDENADA DE LA HISTORIA,
O EL FISCAL SE DIRIGE AL JURADO



El fiscal, con voz grave y mesurada, se dirigió a los miembros del jurado.

—Señoras y señores, a lo largo de este juicio hemos ido conociendo retazos de una triste y sorprendente historia, retazos que voy a tratar de unir y ordenar. Para ello comencemos por el principio: imaginen ustedes cierto día del mes de octubre de hace veinte años. Mary Adams, una valerosa mujer, aquejada de cierta minusvalía física, regresa a casa desde Londres. Un hombre joven y atractivo la ayuda a subir al tren y luego se sienta a su lado. En un primer momento seguramente hablarían de cosas intrascendentes; pero entre Londres y Wiggfield hay más de una hora de viaje, y Ernest Morrison, de forma casual, comienza a enterarse de cosas interesantes: Mary es huérfana, y, por lo que parece, muy acomodada; vive sola, con su antigua niñera, en una casa de su propiedad. Una mujer así es una víctima propiciatoria para un hombre sin escrúpulos. No sé si planeó matarla ya desde ese día, quizá únicamente se propusiera ganarse su confianza para someterla luego, si era posible, a cualquier tipo de estafa. El caso fue que él echó el anzuelo y ella picó. Sabemos que Mary se sintió impresionada desde el primer momento.

»En los encuentros que siguieron, Ernest se afirma en la idea de que Mary puede ser la suerte que durante tanto tiempo se le ha mostrado esquiva, y así, de acuerdo con su esposa, comienza el asedio de su pobre víctima.

»Hay que reconocer que Morrison actuó de manera muy inteligente: advirtiendo desde el primer día que Mary era una persona sencilla y sensible, pero también

luchadora, decide conquistarla precisamente con esas virtudes, por eso en ningún momento alardea ante ella. Al contrario, se le muestra como un modesto empleado que, tras abrirse camino con muchos esfuerzos, está comenzando a ver el fruto de su trabajo; así habla de la posibilidad de un ascenso, únicamente de la posibilidad.

»También él está solo, nadie le ha ayudado, y no tiene nada que él mismo no haya conseguido. Se presenta como un hombre modesto; pero que tiene ilusiones. ¿Y cuáles dice que son éstas?, ¿ambición de poder o dinero...? De ningún modo, lo único que él desea es vivir sencilla y felizmente con la mujer amada, una mujer buena e inteligente que lo quiera por sí mismo. Y luego habla también del espíritu, de los auténticos valores de la vida, de la solidaridad entre todos, de la generosidad... ¡Pobre Mary Adams! La tela de araña va creciendo a su alrededor... Y así, paso a paso, brota el amor en su corazón, fuerte, distinto, único... Ernest en modo alguno parece un cazafortunas: cuando la boda se acerca, quiere acordar separación de bienes, se opone a realizar el viaje de novios... Tras el matrimonio, todo es perfecto. El colmo de la felicidad llega dos meses después: ¡Ernest es ascendido! Aunque hay un pequeño inconveniente: deberá irse a Brasil y permanecer allí durante algún tiempo. Al principio todo será difícil, dice él, aunque el sueldo sea mucho más alto, los gastos de la instalación serán muchos; prefiere marcharse solo y ahorrar un poco para que, cuando Mary se reúna con él, pueda vivir, más o menos, como está acostumbrada. ¿Y Mary? Mary no quiere ni pensar en separarse de él, protesta y se lamenta de su falta de confianza, hasta le acusa de machista: ¿por qué no admitir una parte de su dinero?, ¿es que no la ama lo suficiente?... Insiste tanto que él acaba aceptando y, seguramente para demostrar su emoción y agradecimiento, decide hacer testamento en favor de ella. Los hilos de la tela de araña se van apretando en torno a Mary... ¿y qué puede hacer entonces sino corresponder con otro testamento...? Pero ¿por qué era tan necesario para Ernest Morrison que Mary testara en su favor si su muerte debería permanecer necesariamente ignorada? La respuesta es que, aunque Susan, la mujer que iba a suplantarla, fuera joven y sana, nadie hubiera podido garantizarle una vida larga, ya que nunca puede estar a salvo de una enfermedad inesperada o de un accidente. ¿Y qué ocurriría con la herencia de Mary si tal cosa llegara a suceder? Por supuesto, Ernest, que más tarde estaría dispuesto a falsificar la letra y la firma de Mary Adams tanto en cartas y postales como en operaciones bancarias, también hubiera podido hacer lo mismo con el testamento; sin embargo, ¿para qué arriesgarse con una nueva falsificación, y de índole tan compleja, si podía obtener un documento auténtico sólo con un poco de habilidad?

»Bien, cuando Mary otorga su testamento, los hilos de la tela de araña acaban de cerrarse en torno a ella, y Ernest Morrison se apresura a poner en práctica la última parte de su plan. Para llevarlo a cabo necesita que Ann Mac Nigan se ausente de la casa, por eso convence a Mary de que la marcha será mucho más rápida y menos dolorosa si no hay testigos llorosos alrededor: un sábado es el día idóneo, y a primera hora de la mañana. De todas formas, Ernest no quiere correr ni un riesgo más de los absolutamente necesarios, por eso «la primera hora de la mañana» se convierte en auténtica

madrugada. Así es mucho menos probable que a una de las Stanford se le ocurra asomarse a la ventana para darles el último adiós; pero ¿y si, a pesar de todo, alguna de ellas se despertara, y casualmente, o atisbando entre visillos, le viera partir solo?... Por si acaso, Susan Park entra en acción; Susan, que llega a Wiggfield en el último tren de la tarde; no importa que alguien la vea puesto que nadie la conoce, y en algún momento de la noche aparece en Twin Willows Manor, no sé si Mary había muerto ya, de todas formas tal cosa carece de importancia.

»Morrison no ignoraba que si alguna de las Stanford llegara a ver a Susan desde la ventana, suplantando a Mary, habría de extrañarse del sombrero y las gafas; pero ésa era la única forma de disimular sus rasgos. Como podemos comprobar, sus precauciones son máximas, incluso decide tomar a Susan en sus brazos, consciente de que la peculiar cojera de Mary resultaba muy difícil de imitar. Claro que esto también chocaría a las Stanford; pero ya se darían ellas mismas algún tipo de explicación...

»En cuanto al coche alquilado en Southampton, es obvio que Ernest no podía hacer pasar a Susan por Mary si la persona que lo conducía era de Wiggfield, donde todo el mundo se conoce.

»Y ya únicamente queda hablar de la tierra removida bajo los dos sauces gemelos. Lo que Ernest Morrison pretendía era que, si Ann Mac Nigan volvía a Twin Willows Manor antes de lo previsto, pensara que Mary, entristecida y nerviosa, había tratado de calmarse trabajando en el jardín durante toda la tarde del viernes. Tengo que recordar que estaban en el mes de mayo y los días ya eran largos.

»Como han podido comprobar, señoras y señores —concluyó el fiscal—, estaba todo previsto; era un buen plan, por supuesto con algunos riesgos, pero merecía la pena correrlos. Durante veinte años Ernest Morrison disfrutó de los beneficios de su abominable crimen, hasta que el Destino, en forma de excavadora, invadió el jardín de su casa y descubrió el secreto de uno de los dos sauces gemelos.

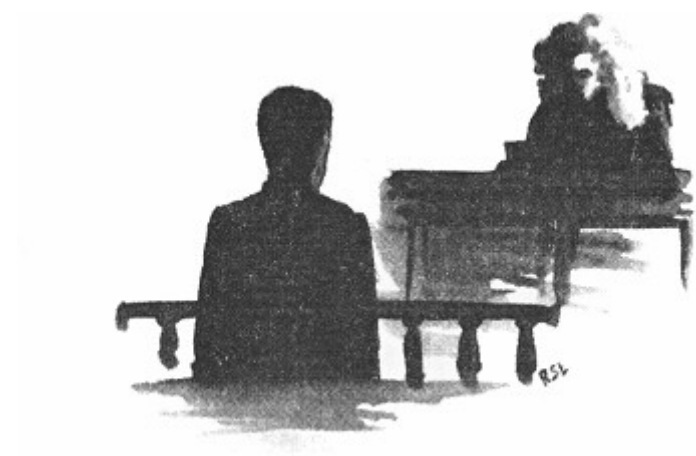
»Poco queda que añadir, puesto que ha quedado lo suficientemente claro que en el asesinato de Mary Adams concurrieron todas las premeditaciones y alevosías posibles. Por mi parte, deseo fervientemente que ella no llegara a darse cuenta de que fue su marido, ese hombre especial a quien tanto amaba, el que le arrebató la vida.

A las palabras del fiscal siguió un largo y emocionado silencio.

¿Y qué podía decir luego el abogado defensor si él mismo se sentía conmovido? ¿Qué atenuantes podía alegar en defensa del hombre que, en el banquillo de los acusados, no mostraba ningún signo aparente de arrepentimiento? ¿Qué locura momentánea cabía esgrimir en su descargo? ¿Creería alguien todavía que la muerte de Mary Adams se debió a un desgraciado accidente y que fue el miedo el que hizo que Morrison la enterrara en el jardín, y luego llamara a Susan Park para que le ayudara a urdir la trama de un plan perfecto?...

Pues precisamente en la tesis del accidente basó el abogado su defensa, defensa que a nadie convenció; pero ni el mejor de los abogados, en una situación como ésta, hubiera podido conseguirlo. De todas formas nadie se lo tuvo en cuenta, ni siquiera el propio acusado, a juzgar por el sorprendente y amable gesto de agradecimiento que le dirigió.

LA DECLARACIÓN DE ERNEST MORRISON



El juicio estaba a punto de concluir, ya únicamente faltaba que el jurado se retirase a deliberar. Aunque todo el mundo sabía que tal cosa no iba a ser sino un puro trámite: el jurado se iría para volver de inmediato; en cuanto a su decisión, no podía ser más que una. Sobre ese particular no había dudas, lo que realmente interesaba al público era la reacción de Ernest Morrison cuando escuchara el veredicto de culpabilidad y su posterior condena. Pero aquel hombre desconcertante, que había mantenido a lo largo de los días una irritante e incomprensible actitud, como si cuanto se decía en la sala no sólo no guardara ninguna relación con él sino que, además, estuviera oyéndolo por primera vez, tampoco se mostraba ahora inquieto.

—¿Tiene usted algo que decir antes de que el jurado se retire a deliberar? —le preguntó la juez, siguiendo la rutina legal.

—Sí, señoría, tengo algo que decir —respondió inesperadamente Ernest Morrison con voz serena y clara. Su actitud continuaba siendo insólita; con la cabeza alta y el cuerpo erguido, de ninguna manera parecía ser alguien acusado de asesinato, sino más bien un hombre de mundo que se disponía a hacer una trascendental manifestación—: Afirmando que soy inocente de la muerte de Mary Adams. —En la sala se produjo un sordo murmullo de indignada burla, y Morrison se detuvo durante unos momentos, para luego, elevando la voz, añadir—: Yo no la maté, y puedo demostrarlo; también puedo decir quién lo hizo y dónde está ahora.

La juez miró incrédula y asombrada a Ernest Morrison y luego miró al fiscal y al abogado defensor, que, atónitos, también se miraban entre ellos. En la sala, el público había perdido el aliento.

Ernest Morrison sonreía, evidentemente satisfecho del efecto producido por sus palabras.

—Señor Morrison, supongo que no pretenderá usted retrasar las deliberaciones del jurado —advirtió la juez.

—De ninguna manera, señoría, estoy en condiciones de probar de inmediato, y de manera clara y categórica, lo que acabo de decir.

—Adelante entonces, tenemos el máximo interés en escucharle; pero le repito que no nos haga perder el tiempo.

—Les aseguro que no lo perderán —dijo el acusado sin la menor vacilación y con todo el aplomo de que pudo hacer gala, que fue mucho, por cierto.

En la sala, la expectación continuaba al rojo vivo.

—Bien, señoría —prosiguió Morrison—, como ya he dicho, sé quién mató a Mary Adams y también sé dónde se encuentra ahora. Puedo probar ambas cosas; pero no desde esta sala.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que, para demostrar la veracidad de mis palabras, es absolutamente necesario efectuar determinadas diligencias en Twin Willows Manor.

—¿En su casa? —se asombró la juez Parrish.

—Bien, llamémosla así.

—¿Dispone usted en Twin Willows Manor de los documentos que prueban lo que dice?

—Exactamente no se trata de documentos, sino más bien de una prueba material definitiva.

—En ese caso, díganos dónde podemos hallarla y enviaré a alguien en su busca.

—No, señoría, yo he de estar presente cuando se descubra dicha prueba —dijo con absoluta rotundidad Ernest Morrison.

La juez lo miró con tanta irritación como desconcierto.

—No sé si se da usted cuenta exacta de su situación.

—Me la doy, señoría, precisamente por eso. He sido acusado de un crimen que no he cometido, y tengo derecho a probarlo.

—Pero no puede usted exigir estar presente en la búsqueda de ninguna prueba.

—No diré ni una palabra más si no es en Twin Willows Manor.

—¿Puede usted decirme a qué se debe tan inusitado interés? —preguntó severamente la juez.

—Digamos que mi interés es semejante al del mago que no renuncia a contemplar las asombradas caras del público cuando saca un conejo de su chistera.

La sorprendida juez reflexionó durante unos segundos y al fin dijo:

—Su pretensión, lo mismo que su actitud, señor Morrison, es cuando menos insólita; sin embargo, voy a acceder a lo que usted solicita en la esperanza de que nos proporcione algo realmente definitivo para probar su inocencia.

—Sí, señoría, mi inocencia en el asesinato de Mary Adams —puntualizó Ernest Morrison.

El sorprendido y emocionado público que abarrotaba la Audiencia de Wiggfield se dirigió, lo más rápidamente que pudo, a Twin Willows Manor, de modo que cuando el coche oficial en el que viajaban la juez, el fiscal, el comisario Todd y el abogado defensor se detuvo ante la puerta del jardín, la calle estaba prácticamente tomada. Poco después, Ernest Morrison, conducido allí por la Policía, avanzó, decidida y serenamente, hasta la pradera que se extendía ante las escalinatas de la entrada principal de la casa, y fue a detenerse junto al sauce que se alzaba solitario contemplando el hueco en el que antes arraigara su hermano gemelo.

Los ojos de todos los presentes fueron a hundirse en la tierra todavía abierta; sin embargo, los de Ernest Morrison recorrieron lentamente el árbol que permanecía en pie, descendiendo desde la copa a las ramas y desde ésta al tronco, hasta llegar a la base, donde permanecieron clavados como si también pretendieran llegar a las raíces.

—Señor Morrison, debemos entrar; no tenemos todo el día, y esperamos ansiosos esas pruebas que nos ha prometido —dijo la juez con mal disimulada impaciencia.

—Señoría, ordene que caven junto al tronco de este árbol —dijo Ernest Morrison, pareciendo no atender a las palabras de la juez.

—Señor Morrison, no estoy dispuesta a tolerar más impertinencias —exclamó la juez con indignación.

—No es ninguna impertinencia. Debajo de este árbol está la prueba que resolverá el caso definitivamente.

De nuevo la juez Parrish se volvió desconcertada al fiscal y al comisario Todd, y después de un mudo intercambio de opiniones, mantenido a través de miradas de inteligencia, accedió a la sorprendente petición del acusado.

—En el cobertizo encontrarán lo necesario —puntualizó Ernest Morrison. Y el comisario Todd ordenó a dos de sus agentes que comenzaran a cavar al pie del sauce.

La tensión era máxima en el pequeño grupo de personas que rodeaban al acusado. Nadie hablaba, y todos los ojos permanecían fijos en el movimiento de las azadas que, poco a poco, iban ahondando en la tierra.

También en la calle el silencio era casi absoluto; sólo, muy de cuando en cuando, algunas de las personas que, encaramadas en la valla de piedra, conseguían distinguir algo por encima del muro, susurraban algún comentario.

De repente, uno de los policías que cavaban se detuvo en seco, y Ernest Morrison miró a su alrededor para comprobar, con satisfacción, que tanto en los ojos de la juez como en los de sus acompañantes surgía una indescriptible mirada de estupor.

—Prosigan con el máximo cuidado —consiguió decir la juez con voz débil.

Uno a uno fueron saliendo a la superficie los huesos de un ser humano.

En la calle, después de los trémulos comentarios de las personas que estaban encaramadas en la valla, el silencio se había convertido en temblor.

—¿Qué significa esto, señor Morrison? —preguntó la juez cuando la osamenta quedó completa sobre la hierba.

Ernest Morrison no respondió directamente a su pregunta.

—El comisario Todd realizó una excelente investigación, llegando a conclusiones acertadas: en efecto, fue Ernest Morrison quien asesinó a Mary Adams. Le felicito, comisario, disfruté mucho escuchándolo, me proporcionó usted momentos de auténtica emoción —dijo con voz afable. Y el sorprendido grupo de personas que le rodeaba se preguntó hasta dónde sería capaz de llegar el cinismo de aquel hombre; pero éste continuó—: Precisamente por eso yo no pude asesinarla.

—¿Qué está usted diciendo, señor Morrison? —preguntó la juez con voz de asombro.

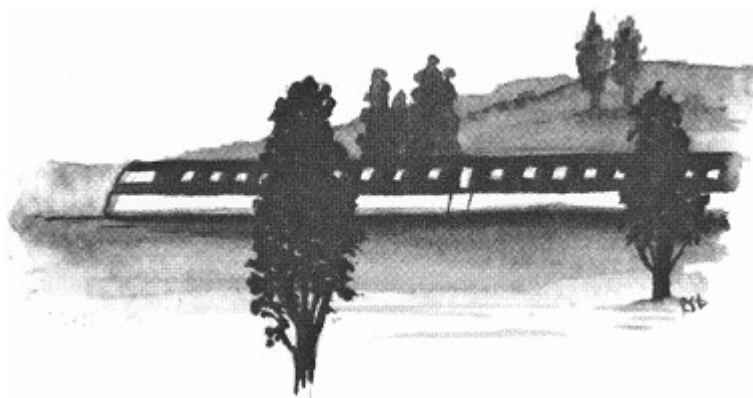
—Esta es la prueba de mi inocencia. ¡Ahí lo tienen ustedes! Les presento al verdadero Ernest Morrison. Él fue quien asesinó a la dulce y enamorada Mary Adams —exclamó el acusado con los ojos brillantes de excitación.

De nuevo se hizo el silencio, el más completo y estupefacto de los silencios.

—Pero ¿qué está usted diciendo? ¿Cómo puede afirmar tal cosa? —preguntó al fin la juez, logrando salir de su desconcierto.

—Porque yo lo asesiné.

LA EXPLICACIÓN DE LA VERDAD



El fiscal Brennan, el comisario Todd y el abogado nombrado de oficio se hallaban reunidos con la juez Parrish en su despacho de la Audiencia. Frente a ellos tenían al hombre al que hasta entonces habían conocido como Ernest Morrison.

A ninguno se le escapaba que a aquella persona, que de momento no tenía nombre, le satisfacía profundamente sentirse el centro de su atención. Por eso se permitía el lujo de hacerles esperar. Realmente el pequeño grupo de profesionales no podía disimular su expectación, y allí estaba él, el señor X para todos ellos, mirándolos con una sutil sonrisa dibujada en los labios.

—Estamos esperando su explicación —dijo al fin la juez Parrish; pero por el tono de su voz y el leve movimiento de su mano se adivinaba que, más que una orden, sus palabras significaban una invitación.

El señor X hizo un amable gesto de asentimiento, amplió el arco de su sonrisa, cruzó las piernas cómodamente y comenzó a hablar.

—Cierta día de noviembre del año 1985 tomé en Londres el primer tren de la tarde en dirección a Southampton. Me dirigía a dicha ciudad para hacer una rápida visita a uno de mis clientes habituales. Yo era entonces representante de una pequeña empresa cosmética, puesto y empresa que no me satisfacían en absoluto, dicho sea, aunque no de

paso, porque esa insatisfacción mía fue uno de los determinantes de la historia que voy a narrarles.

»Cuando subí al tren procuré buscar un lugar tranquilo, por eso me dirigí al fondo del vagón. Justo al final hallé un asiento vacío, al lado de un hombre que se hallaba enfrascado en la lectura de su periódico. Me senté y, sin cruzar palabra con él, decidí imitarle. Pocos minutos después se aproximó el revisor y ambos a la vez alzamos la vista de nuestros periódicos para responder a su saludo y mostrarle nuestros billetes. Aquel hombre resultó ser, afortunada e inesperadamente, locuaz y amable.

»—Son ustedes hermanos, ¿verdad? —nos preguntó con simpatía.

»Sorprendidos, respondimos con una negativa, e instintivamente nos miramos para comprobar, aún más extrañados, que nuestro parecido era notable.

»—Es extraordinario. Podrían ustedes pasar por gemelos —dijo el revisor con franca admiración—. Si no fuera por el bigote y la barba, cualquiera los confundiría —añadió dirigiéndose a mí.

»Como era lógico, ante coincidencia tan singular no volvimos a la lectura.

»—Dicen que todo el mundo tiene su doble en alguna parte —comenzó diciendo mi compañero de asiento.

»—Lo curioso es que alguna vez se encuentren —añadí—. Además, la casualidad es mayor todavía, porque normalmente no tomo este tren.

»—Yo regresé ayer mismo de Brasil, donde he vivido durante diez años. No puedo decir que vuelva con muchos ánimos; pero quizá este encuentro sea un buen presagio —comentó luego él.

»Sonreí animándole a hablar. Aunque no soy muy dado a la conversación, sentía cierta curiosidad por saber de alguien que tanto se me parecía, incluso nuestras voces eran semejantes. Por lo visto, él sentía la necesidad de hacer confidencias, y para mí resultó muy provechoso enterarme de algunos interesantes extremos.

»—Mi esposa murió hace unos meses, y yo me dirijo ahora a Wiggfield a instalarme en la casa que fue de su familia. No hemos tenido hijos y soy su único heredero —explicó.

»—Supongo que la vuelta será dura; pero seguramente usted tendrá en Wiggfield parientes y amigos —me creí en la obligación de decir.

»—Oh, no —dijo él—. No tengo familia en Wiggfield, ni Mary tampoco la tenía; mi esposa se llamaba Mary Adams, ¿sabe usted?; en cuanto a amigos... Bien, antes de marchar a Brasil apenas viví dos meses en esa ciudad, además iba y venía de Londres cada día por motivos de trabajo... Quiero decir que no tuve tiempo de mantener más que unas relaciones muy superficiales con algunas de las personas más íntimas de Mary: dos hermanas mellizas que, curiosamente, y al contrario que usted y yo, no se parecían en nada, y en especial con Ann, que fue la niñera de mi esposa. Durante todos estos años de nuestra ausencia ella se ha ocupado de mantener cuidados tanto la casa como el jardín.

»—Entonces, la buena Ann estará esperándole —comenté.

»—No, no estará, no la avisé de mi llegada... Además, hoy es viernes y Ann siempre pasa los fines de semana con su familia en el condado de Hampshire.

»—De modo que regresa usted después de diez años de ausencia, apenas conoce a nadie y debe pasar el fin de semana completamente solo... Bueno, entiendo su estado de ánimo —añadí mientras una peregrina idea comenzaba a tomar forma en mi cabeza.

»—Bien, lo ocuparé en organizar mis cosas y en tratar de convivir con los recuerdos.

»En mi cerebro la idea peregrina se iba perfilando; pero necesitaba hacer algunas averiguaciones.

»—Quizá no le sea fácil adaptarse de nuevo; pero acabará consiguiéndolo... Después de todo, regresa a su casa y, si me permite la indiscreción, no parece usted un hombre que tenga dificultades económicas; de tenerlas, su regreso sería mucho más penoso, ¿no lo cree así? —dije procurando dar a mi voz el tono más amable posible.

»—Sí, tiene usted razón, sería mucho peor si tuviera dificultades económicas —reflexionó él. Y luego añadió—: Afortunadamente no las tengo, para serle sincero puedo vivir de mis rentas sin preocupaciones cuanto me reste de vida, por larga que ésta sea. Tranquilidad es cuanto ahora deseo, y de eso sí que estoy en condiciones de disfrutar en Wiggfield, ya que nadie me recuerda y yo casi no recuerdo a nadie...

»“Vivir de las rentas y sin preocupaciones el resto de mi vida...”, pensé, eso era también lo que yo deseaba.

»—Creo haber hablado demasiado de mí —prosiguió él—. Excúseme, por favor, ¿hacia dónde se dirige usted?

»—Casualmente también me dirijo a Wiggfield —mentí sin la menor vacilación, absolutamente decidido a hacer todo lo posible para que el rumbo de mi vida, y por tanto también el de la suya, cambiara.

»—¡Hombre!, otra curiosa coincidencia —exclamó él—. ¿Conoce a alguien en Wiggfield? ¿Tiene amigos allí?

»—No, no conozco a nadie, aún no. Voy allí por motivos de trabajo.

»—¿Viaja usted por motivos de trabajo un viernes por la tarde? —pareció asombrarse. Y yo rápidamente hilvané una explicación verosímil.

»—Me gano la vida en una pequeña empresa de construcción de la que soy socio, y tengo mis propias técnicas de trabajo. Verá, nos proponemos comprar algunos terrenos en Wiggfield, y, antes de formalizar el contrato, pretendo hacer algunas averiguaciones, más o menos discretas, algo parecido a una inocente forma de espionaje comercial: preguntar a los vecinos y todo eso, por supuesto sin revelar ni mis intenciones ni mi personalidad... Por ejemplo: ¿hay algún problema con la conducción de aguas a los pisos superiores?, o ¿esa zona, tan tranquila aparentemente, se convierte en un caos los sábados por la noche?... Ante ellos me presentaré como un posible comprador, alguien que se ve obligado a residir en Wiggfield y está pensando en la posibilidad de adquirir una vivienda... Se aprende mucho hablando con la gente; pero hay que hacerlo sin prisas, por eso aprovecho el fin de semana... Después de todo, no

tengo familia, ¿sabe?... Lo único malo es que no sé en qué voy a emplear el tiempo libre...

»—¿Le gustaría hacerme una visita? —preguntó él, y en seguida añadió—: Aunque de ningún modo se sienta obligado, únicamente lo decía porque como vamos a estar los dos solos... Mi nombre es Ernest Morrison, vivo en Twin Willows Manor, en Archery Road. Reconocerá fácilmente la propiedad porque en el jardín hay dos viejos sauces gemelos cuyas copas se ven desde la calle, asomando por detrás de un alto muro.

»Accedí de inmediato, como ustedes pueden imaginar. Poco después descendimos juntos del tren y, después de que él recogiera sus maletas, nos despedimos afablemente, tomando yo la dirección opuesta a la suya. Mi mayor preocupación era que cayera en la cuenta de que yo viajaba sin ningún tipo de equipaje y recelara; pero afortunadamente no fue así.

»Pasé la tarde de la forma más discreta posible. Procuré, si no ocultarme, sí pasar inadvertido. Seguramente era una precaución innecesaria; pero no quería correr ningún riesgo añadido, por eso me guardé de entrar en ningún lugar público; sencillamente paseé, procurando ocultar mi rostro detrás de unas gafas oscuras.

»Aquella misma noche me presenté en su casa. Pareció alegrarse sinceramente de mi visita. “Me perseguían los recuerdos”, me dijo.

»Lo demás ya pueden imaginarlo: hablamos durante bastante rato, en un determinado momento me dio la espalda y el atizador de la chimenea estaba allí. Lo enterré debajo de uno de los sauces, aprovechando que ya era noche cerrada, tras asegurarme de que, dado lo alto del muro, mi labor no podía ser vista desde la calle ni desde otras viviendas. Tomé luego la precaución de remover también la tierra bajo el otro árbol, para dar la impresión de que había pasado el fin de semana trabajando en el jardín. Alguna gente lo hace, como por ejemplo Mary Adams y el propio Morrison...

»El resto no fue difícil. Conté con dos días para examinar documentos y acostumbrarme a la casa. Cuando regresó Ann me fingí compungido y desmemoriado... Poco a poco me fue poniendo al corriente de lo que yo no sabía y ella se figuraba que había olvidado.

»Nunca nadie dudó de mi identidad. En un primer momento pensé en quitarme la barba, luego lo pensé mejor, ¿a quién iba a extrañarle? También él podía habérsela dejado; además, si alguien encontraba alguna diferencia entre el antiguo y el nuevo Morrison seguramente la atribuiría a esta peculiaridad.

»En cuanto a lo de la falsificación de la firma, tampoco supuso ningún tipo de problema. Siempre he sido un hombre con facultades para el dibujo, y además nadie tenía motivos para recelar.

»Durante diez años fui Ernest Morrison y viví exactamente como había deseado. Corrí algunos riesgos, sobre todo al principio; pero valió la pena.

»En fin, supongo que ahora entenderán ustedes mi actitud, mi inicial inquietud cuando me fue comunicado que una excavadora había irrumpido en el jardín y derribado uno de los sauces gemelos, mi posterior sorpresa al enterarme de que los

restos hallados pertenecían a una mujer, y luego, durante el juicio, mi silencio, y también ese interés que en algún momento tanto les ha irritado... No podía decir nada sobre el asesinato de Mary Adams porque nada sabía y, lo mismo que ustedes, fui descubriendo durante el juicio quién era verdaderamente Ernest Morrison, y, créanme, fue una auténtica sorpresa: a lo largo de diez años creí haber matado a un pobre hombre, a un honorable infeliz que echaba en falta a su esposa. Es curioso que ambos fuéramos tan semejantes, y no sólo en lo físico, ¿no les parece? Bien, esto es todo; fue la casualidad, o el Destino, lo que nos unió, y también el Destino, o la casualidad, en forma de vengadora máquina de hierro, lo que nos descubrió —terminó diciendo el hombre que se había hecho pasar por Ernest Morrison.

Las cuatro personas que le escuchaban lo contemplaron en silencio, sinceramente impresionadas, y él, devolviéndoles la mirada, sonrió.

—¿Por qué motivo no dijo usted la verdad desde el primer momento? Nos habríamos ahorrado todos un enojoso juicio —preguntó por fin la juez.

—Tenía la mayor curiosidad y el mayor interés en conocer la auténtica personalidad del hombre a quien había suplantado. Si ustedes hubieran sabido que el asesino de Mary Adams ya estaba muerto, quizá no se hubieran esforzado tanto en descubrir todas las circunstancias que rodearon su vida y le llevaron a cometer dicho asesinato. ¿No es así, comisario Todd?... Y si lo hubieran hecho, ¿habrían tenido la amabilidad de comunicármelo con pelos y señales? Por otra parte, confieso que no quería dejar de proporcionarles a ustedes la emoción de un sorprendente final.

La juez Parrish, haciendo considerables esfuerzos para no sonreír, se dirigió por última vez al hombre que tenía ante ella.

—Y ahora, díganos, ¿quién es usted?, ¿cuál es su nombre? —preguntó.

—Tal cosa carece de importancia... Casi lo he olvidado. Digamos que no soy Ernest Morrison.

A MANERA DE EPÍLOGO



Una hermosa y calmada tarde, varios meses después, Claire Stanford y Ronald Todd salían juntos del cementerio, donde se encontraron casualmente junto a la tumba a la que habían sido trasladados los restos de Mary Adams.

Claire acostumbraba a acudir al camposanto con frecuencia; pero el comisario Todd era la primera vez que lo hacía. Unos días antes había concluido el juicio en el que Peter Marlowe, que así se llamaba el asesino de Ernest Morrison, fue condenado a treinta y cinco años de prisión, y ahora que, al fin, aquel extraño caso había concluido, sentía la necesidad de visitar a Mary.

Estaba disponiendo, lo más artísticamente posible, un ramo de margaritas sobre su sepultura, cuando se aproximó Claire Stanford. Silenciosamente, intercambiaron una sonrisa y unieron sus flores, y seguramente sus sentimientos hacia la mujer que allí descansaba. Luego marcharon juntos por el sendero, que entre oscuros tejos conducía hacia la salida. Ninguno de los dos había llevado coche; pero el tiempo era cálido, la pequeña ciudad estaba cerca y a ambos les gustaba caminar.

—Pobre Mary... —musitó tristemente Claire.

—Sí, pobre Mary —añadió Ronald.

—¡Qué injusta y cruel puede ser, a veces, la vida! —pensó en voz alta Claire—. Ella, que era toda generosidad y dulzura, fue víctima de alguien tan despiadado y cruel como Ernest Morrison, aunque, también a veces, la vida se encarga de impartir justicia, una justicia más implacable que la de los propios hombres... ¿No parece algo más que

una casualidad que la persona que la mató muriera de una forma tan semejante a la suya?

—En este caso se ha cumplido aquel viejo dicho: «El que a hierro mata, a hierro muere». Es sorprendente el paralelismo entre uno y otro crimen, y entre uno y otro hombre, tan parecidos física y moralmente.

—Sin embargo, yo... —dijo Claire, y se interrumpió durante unos segundos—. Es extraño lo que me sucede con Peter Marlowe... —continuó diciendo—. Cuando pensaba que era Ernest Morrison, sentía un profundo desprecio hacia él, desprecio y odio... Sí, lo odiaba por lo que le había hecho a Mary, y lo despreciaba por la ruindad de un crimen cuyo único móvil era el dinero. Me repugnaban sus ojos porque recordaba aquel fingido amor que había en ellos cuando miraba a Mary; me irritaba la facilidad con que engañó, primero a ella y luego a todos nosotros... Me sentía sacudida por las náuseas cuando pensaba en su elegante aspecto y en su aire de respetabilidad... Pero cuando supimos que no había asesinado a Mary sino a Ernest... Entonces, Ronald, seguramente te costará creerlo, mi primer sentimiento fue de sorpresa, y el segundo, de regocijo. Me alegré, incluso tuve ganas de reír, y pensé: «¡Bien!, ese cerdo ruin de Ernest Morrison ha probado su propia medicina». Y automáticamente, el hombre que antes me parecía un asesino miserable y despiadado, pasó a ser una especie de justiciero, y lo que antes calificué de cinismo repugnante, se convirtió en ingeniosa osadía. «¡Con qué facilidad engañó al mayor de los embusteros!», me dije a mí misma.

»Sé que, realmente, no hay mucha diferencia entre uno y otro crimen. También Peter Marlowe mató por dinero, y se aprovechó de la credulidad de alguien a quien él consideraba inocente aunque no lo fuera. También él nos engañó a todos, y también su respetabilidad era falsa, lo mismo que la cordialidad que nos dedicaba...

Pero, a pesar de todo, ya no siento hacia él lo que antes sentía —acabó diciendo Claire.

—Tampoco yo pude evitar un cierto sentimiento gozoso cuando supe que el asesino de Mary había muerto —confesó Ronald Todd—. Y, al recordar la complacida sonrisa que se abrió en los labios de Peter Marlowe cuando descubrimos los restos de Morrison debajo del segundo saque, también sonríe: «Qué excelente director de escena», me digo pensando cómo nos manejó a todos. Sé que, como Morrison, Peter Marlowe es un cínico y brutal asesino; pero él no ha matado a alguien a quien yo estimaba, sino a alguien a quien odiaba... Lo que ocurre es que somos humanos, tú y yo, y Ann y Emma, y el doctor Williams... Y eso conlleva que nuestros corazones no puedan ser totalmente ecuanímes; sin embargo, por encima de los sentimientos están los comportamientos. Sintamos lo que sintamos, seremos justos si actuamos con justicia.

»Verás, Claire, no puedo decir que sintiera lo mismo cuando me afanaba en averiguar, recomponiendo las piezas de su vida pasada, quién era Ernest Morrison y cuáles fueron las circunstancias que rodearon el crimen que cometió, que cuando hacía lo posible para saber quién era y cómo se llamaba el hombre que lo mató. En el primer caso era yo, Ronald Todd, el amigo dolido, el que necesitaba saber; en el segundo era el

comisario, el profesional, el que tenía que investigar determinados hechos; pero en ambos los resultados fueron los mismos. Tanto se reconstruyó la alegre niñez de Morrison en el seno de su amorosa familia adoptiva como la solitaria de Marlowe en un orfanato de Cornwall, el condado en el que nació. Creo, Claire, que lo importante no es tanto por qué se hacen las cosas sino cómo se hacen...

—Ha sido toda una conferencia sobre psicología del comportamiento —dijo Claire.

Y Ronald, enrojeciendo, inició una disculpa.

—Pero si te lo agradezco —protestó ella—. Me asustaba lo que sentía... De verdad, me inquietaba haber perdido el control de mis sentimientos...

—El control de los sentimientos... —repitió Ronald con repentina emoción—. No es fácil dar órdenes a los propios sentimientos, o, más bien, lo difícil es que éstos te obedezcan... Si yo hubiera conseguido que me obedecieran quizá Mary aún estaría viva...

—Oh, no, Ronald, tú no puedes culparte...

—No conseguí amarla, Claire, sencillamente no podía. Y no por su pierna tullida, tienes que creerme.

—Claro que te creo, Ronald.

—Había otra causa, ¿sabes?

—¿Otra causa? —preguntó ella.

—Una chica... —musitó él con voz sorda. Y ella se apresuró a disculparse.

—Por favor, perdóname, no quería ser indiscreta...

Pero él continuó.

—Sí, otra chica, siempre estuvo ahí... Al principio, cuando supe, cuando adiviné que Mary estaba enamorada de mí, no me atrevía ni a pensar en alguien más por no hacer daño a Mary... Ya me sentía tan culpable por no poder quererla... Y luego, cuando se casó con Ernest Morrison, quizá hubiera podido... Pero ¿sabes?, aquella otra chica nunca pensó en mí... —susurró Ronald mirando intensamente a los ojos de Claire.

Claire le sostuvo la mirada y de pronto adivinó, emocionada y sorprendida, el secreto que él había guardado durante tantos años: ¡era a ella!, a ella a quien Ronald había querido, a quien aún quería. Lo decían sus ojos.

—¿Y si te equivocabas, Ronald? —preguntó tras un breve silencio.

—No, no me equivocaba, en esa chica no había otro sentimiento que amistad.

—¿Y si fuera que esa chica hubiera puesto todo su empeño en controlar sus sentimientos? —dijo Claire con voz extrañamente honda.

Ronald Todd, sin atreverse a dar crédito a lo que las palabras que acababa de oír parecían insinuar, alzó anhelante sus ojos para encontrarse con la emoción de los ojos de Claire.

—¿Claire? —susurró esperanzado.

Ella afirmó con una sonrisa y luego dijo:

—Cuando supe que Mary te amaba, me dije a mí misma que yo no podía quererte... Luego, cuando ella se casó, también pensé que quizá... Pero acabé convenciéndome de que yo no significaba nada para ti...

—Cómo nos equivocamos —musitó Ronald apesadumbrado—. Los dos nos sacrificamos por Mary y no sirvió para nada...

—Sí, no sirvió de nada —repitió Claire—. Y lo peor es que, en cierto modo, la insultamos. La tratamos como si no sólo fuera tullida de cuerpo sino también de espíritu. Mary era fuerte y no se lo reconocimos. La protegimos demasiado... Sí, Ronald, la subvaloramos...

—Tienes razón, y no conseguimos otra cosa sino perder inútilmente nuestro tiempo... —se lamentó Ronald.

Pero Claire Stanford sonrió y sus ojos brillaron.

—Aún podemos recuperarlo... —susurró.

Y Ronald Todd estuvo completamente de acuerdo.

ÍNDICE

1	5
2	9
3	13
4	17
5	21
6	25
7	30
8	35
9	40
10	45
11	49
12	53
13	58
14	62
15	66
16	72

Concha López Narváez es una escritora sevillana; en esta ciudad estudió Filosofía y Letras, y se especializó en Historia de América. Tras algunos años dedicados a la enseñanza, pasó a escribir obras de literatura infantil y juvenil. Ha recibido varios premios, entre ellos el Lazarillo en 1984 y el CCEI en 1987. Su novela *La tierra del Sol y la Luna* fue incluida en la Lista de Honor del IBBY en 1986 y en el año 1992 fue candidata al premio Andersen. Otras obras suyas publicadas en esta colección son *La colina de Edeta* (Premio CCEI 1987), *Endrina y el secreto del peregrino* y *El fuego de los pastores*. Junto a su hijo, Rafael Salmerón, ha publicado también *Beltrán el erizo* y *Beltrán en el bosque*.